

LOS MODULOS MORTIFEROS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



LOS MODULOS MORTIFEROS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

625 – Perdidos en el Año Luz, *Frank Caudett*.

626 – Karalai y los clónicos, *Kelltom McIntire*.

627 – Permiso para invadirla Tierra, *Glenn Parrish*.

628 – Los simbiontes, *Lou Carrigan*.

629 – El enigma de Urtala, *A. Thorkent*.

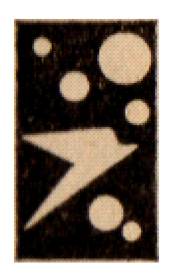
RALPH BARBY

LOS MÓDULOS MORTÍFEROS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 630

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 26.896 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: septiembre, 1982

2ª edición en América: marzo, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La secretaria le sonrió ampliamente. Era una magnifica fémina, nacida posiblemente fuera del planeta Tierra a juzgar por las leves mutaciones cromosómicas que tenía, tales como el color rosado de sus largos cabellos que, por otra parte, podían ser teñidos.

Sus ojos eran de un rojo que quemaba, aunque también podían ser obra de unas magníficas lentillas implantadas.

Su estrecha cintura y la redondez de las caderas debían ser producto de una cuidada dieta y una gimnasia constante.

— ¿Está el jefe?

— Y yo también, encanto —respondió ella mostrándole una doble hilera de dientes bien alineados, blancos como la nieve y capaces de partir un dedo si lo mordía en su momento máximo de excitación.

— Sí, ya te veo —respondió el hombre, que no estaba para florituras sexuales en aquel momento, claro que aquella chica bien valía una cabezonada y todo lo que se le pusiera detrás.

Carles Bruc se dirigió a la puerta, una puerta que no se abría automáticamente para no dar facilidades a quienes quisieran colarse en aquel despacho.

La secretaria terrícola acercó su diestra a la pantalla que debía captar la geometría de los pliegues epidérmicos de su mano, la cual servía como clave para que la puerta se abriera; sin embargo, no la apoyó aún. Acercó su zurda al pecho de Carles Bruc y la posó sobre él.

— Pareces muy fuerte.

— Te aseguro que no es de comer hiposaurios al ast.

— ¿Ah no? ¿Acaso te alimentas de proteínas reconcentradas?

— Tanto como eso... Si fuera así, no tendría en mí esa fuerza que tú ahora sólo llegas a imaginar.

— A mí me gustan los cohetes poderosos, que se elevan despacio y mantienen el fuego en sus toberas durante mucho, mucho tiempo, hasta que alcanzan la máxima velocidad.

— ¿Y qué pasa entonces? —preguntó Carles Bruc dejando que los labios femeninos rozaran los suyos.

Valía la pena perder unos minutos con aquella chica.

— Groika, ¿qué sucede que la visita no entra?

La voz habla brotado tan alta por el interfono que pudieron oírla desde la puerta.

— Hum —casi gimió la secretaria—. Sabes...

— ¿A qué?

— A macho terrícola.

— Y tú tienes dos grados más de lo normal.

La chica sonrió, maliciosa.

— ¿Te parece demasiado calor?

— No. En ciertos momentos, si los labios queman, mucho mejor. Y ahora, pon la mano.

— ¿Dónde?

— En la pantallita, encanto.

Cogiéndole la muñeca, acercó la mano femenina a la pantalla blanca y, automáticamente, la puerta se abrió.

Carles Bruc se alejó de ella, entrando en el despacho del banquero.

Awog estaba detrás de su mesa en la que había siete pequeñas pantallas terminales y tres teclados de colores distintos para evitar

toda confusión.

Awog era uno de esos seres cuya edad resultaba difícil de averiguar. Incluso, por la forma de su cabeza, no era posible determinar si se trataba de un terrícola, de un mestizo de diferentes etnias planetarias o simplemente un producto salido de un laboratorio de ingeniería genética.

El caso era que a Carles Bruc aquel tipo dueño del holding bancario Awog no le parecía muy humano. Era tan rico que controlaba hasta los centavos de unisoles, la moneda empleada en toda la galaxia para los intercambios comerciales entre los distintos sistemas planetarios.

— Lleva siete horas y veintitrés minutos de retraso, Bruc.

Sin esperar a la respuesta de Bruc, se metió una pastilla de color azul entre los dientes. La mascó y, de inmediato, salió humo por los orificios de su nariz abultada y rugosa.

Aspiró con fuerza y semejó recibir un extraordinario placer.

— Siéntese, Bruc, siéntese. Lleva usted siete horas \y...

— Sí, ya lo sé y veintitrés minutos, que ahora serán veinticuatro.

— Cuando se pide un crédito, amigo mío, los pagos deben efectuarse en los plazos acordados. Yo le concedí un crédito porque confié en usted. Su ficha dice que es arriesgado, pero que cumple sus contratos; sin embargo, ahora no ha cumplido con lo acordado.

— No tuve suerte en mi último contrato. La compañía que debía pagarme unos trabajitos que les hice, desapareció.

— Hum, eso no es asunto mío —dijo el banquero melifluo, como si en el fondo estuviera dando una oportunidad a Carles Bruc para solventar aquella difícil situación que vivía.

— Un asteroide los hizo desaparecer por completo, el planeta hizo crack.

— Algo oí contar sobre eso, pero no es de mi incumbencia. Si no paga los plazos, tendré que embargar su cosmonave.

Carles Bruc tragó saliva, sabía que la amenaza no era vana; sin embargo, se atrevió a decir:

— Embargar no es fácil, hay que llevar adelante un procedimiento

legal. Yo ya le he pagado más de la mitad del crédito que me concedió que, por cierto, tenía unos intereses leoninos.

— Siempre vienen con la misma historia los que piden. En fin, podría alargarle el plazo, pero... —hizo una pausa que a Carles Bruc le pareció una eternidad—. Mire, puedo prorrogarle ese plazo cinco mil horas más, eso sí, esta prórroga nada tiene que ver con los otros plazos que debe pagar para ir amortizando el crédito que le concedió mi Banco para que pudiera comprar la cosmonave de la que ahora disfruta.

Carles Bruc no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Que el banquero Awog le prorrogara cinco mil horas un plazo de amortización de crédito no cumplido, era todo un sueño, algo difícil de digerir para sus neuronas que ya parecían hechas a todo. (

— ¿Y qué me pide a cambio? —se atrevió a preguntar haciendo gala de su mejor sangre fría, pues resultaba tan expuesto hallarse frente al banquero Awog haciendo números y fijando plazos, como ante el arma de un ser del planeta Nikian.

— Yo no soy Santa Claus ni tengo ganas de serlo, simplemente pienso que un cosmonauta como usted, independiente, es muy capaz de ganar los suficientes unisoles para saldar sus deudas.

— ¿Cuánto?

— El cincuenta por ciento de interés adicional.

— Eso es un robo.

— Llámelo como quiera. O acepta las condiciones o hago que las autoridades se lleven su cosmonave y comienzo el procedimiento de embargo. No tengo ninguna prisa; quien posee el dinero soy yo y usted sólo tiene capacidad de ganarlo y eso es poco frente al poder de quien ya tiene dinero.

— Dice usted verdades que aplastan o mejor, que acojonan.

— Usted no me cae mal, Bruc, se lo digo en serio.

— Si cayéndole bien me coloca el cincuenta por ciento de interés, ¿qué serla si le cayera en el estómago como un erizo en plena digestión de chocolate?

— A veces, hasta resulta usted gracioso, Bruc. Verá, yo sólo quiero


mi dinero. Lo comprende, ¿verdad?

— Sí, y si quiere, se lo juego.

— ¿Jugar?

— Sí, nos lo jugamos a los dados o a cara o cruz, como prefiera.

— Es libre de aceptar o no, Bruc, pero sabe que la ley me ampara. Me bastaría con pulsar un botón, un solo botón de ese teclado —señaló el teclado amarillo— para que unas cosmonaves de la milicia confederada se acercaran a su cosmonave para sellarla. Bajarían el nivel de energía y ya no podría marcharse. ¿Qué negocio podría llevar adelante para evitar que al final yo me quedase con su cosmonave y luego la subastara?

— Se sabe muy poderoso, ¿eh?

— Además, tengo una póliza que paga usted, pues así se estipula en el contrato de crédito que le di. En ella se especifica que si su cosmonave explota en el espacio o se estrella contra cualquier astro o asteroide, yo cobraré la totalidad de mi crédito a través de la compañía de seguros.

— Compañía de seguros que además le pertenece, claro — rezongó con sarcasmo Carles Bruc.

— Je, je, je.

Se rió lenta, muy lentamente, antes de meterse entre los dientes otra de aquellas pastillas azules que le proporcionaban placer. Volvió a expulsar aquel humo que a Bruc le repugnaba pero que tanto parecía gustar al banquero.

— Yo soy un hombre de muchos negocios y una compañía aseguradora que cubra mis propios asuntos, los créditos, etcétera, resulta muy beneficiosa.

— Máxime con las primas que usted coloca, Awog.

— No perdamos más tiempo, Bruc. Yo puedo sugerirle algunos negocios que le permitirán ganar dinero y pagarme esos intereses que le coloco por la prórroga del plazo que no me ha pagado.

— ¿Cuáles son esos negocios?

Awog suspiró. Tecleó en el teclado azul y en dos pantallas

aparecieron datos que sólo podía ver de refilón.

— Existe una compañía de módulos hábitat que ha quebrado; bueno, no es eso exactamente, pero está al borde de la quiebra. Si es listo y negocia el asunto, puede comprar una remesa de módulos a bajo coste, a menos del precio de fabricación.

— Módulos de saldo, vamos.

— Más o menos. Luego, los vende y asunto concluido, pero debe ser rápido, lo mismo en la compra que en la venta. Si falla, lo pierde todo.

— Aquí veo varios puntos oscuros.

— ¿Cuáles? —quiso saber el banquero Awog.

— El primero es que si no tengo dinero para pagar los plazos que debo al Banco de crédito Awog, ¿cómo voy a comprar una remesa de saldo?

— Yo le puedo avalar; eso sí, quiero el veinte por ciento de las ganancias.

— Oiga, si tuviera ubres me ordeñaría, ¿verdad? -

—Je, je, je, el negocio es el negocio y no se queje. Me dará el veinte, pero usted puede ganar el ochenta.

— Sí, pero además de darle ese veinte tengo que pagarle el cincuenta de interés más los intereses que ya le estoy pagando por el crédito que me concedió.

— Y no olvide la prima de la póliza de seguros...

— Awog, si usted me propone ese negocio, es que verdad cree en él.

— Yo no compro saldos, pero facilito informes. No sé a qué precio podrá comprar, pero cuando lo haya hecho me enteraré, no le quepa duda.

— Y vender, ¿dónde puedo vender?

— Awog volvió a teclear en su teclado amarillo y dos- terminales le ofrecieron respuestas en clave.

— El planeta Fomea es un lugar idóneo.

— Fomea es un planeta muy lejano y en período *pioner*.

— Lo sé perfectamente, allí están los buscadores de metales, minerales, etcétera. Las condiciones climáticas del planeta son malas y mis informes son de que los pioneros, los buscadores de fortuna espacial, llegaron a bordo de cosmonaves contratadas en grupo y que les dejaron allí, a su suerte. Llevaban sus equipos de supervivencia, pero no es lo mismo que vivir en un módulo acondicionado, capaz de resistir temperaturas extremas, tormentas de polvo, etcétera.

— No está mal, pero y ésos, ¿cómo me pagarán?

— Por favor, Bruc, usted pretende que yo se lo solucione todo. Cobre como pueda, siempre que el precio sea más alto que el que usted haya pagado.

— ¿Y si no tienen unisoles?

— Haga trueques, ya encontrará la forma de transformarlo en monedas lo que le paguen.

— No está mal si el negocio funciona.

— Y si no funciona, yo me quedo con la cosmonave y la subasto.

— Comprendido. Ahora, deme los datos.

— ¿De la compañía que va a la quiebra?

— Correcto.

— De acuerdo, pero el informe es confidencial.

— Comprendo. Yo iré a verles y usted les hará una llamadita apretándoles los tornillos, les amenazará para obligarles a vender.

— Más o menos, suelo ayudar a mis socios.

— ¿Cómo se llama la compañía?

— Ou-House.

— Bien, ¿dónde puedo encontrarlos?

— En el Noir Building; allí tienen una planta para sus oficinas.

— De acuerdo, Awog. Si llego a entenderme con los fabricantes de esas casas autónomas autotransportables, le llamaré por el televideófono y se lo confirmaré.

— Eso espero. Verá cómo juntos haremos un buen negocio.

— No estoy yo tan seguro. Debería haberme traído una calculadora de matemáticas superiores para saber lo que voy a tenerle que pagar al final de todo este asunto.

— No será tanto como cree y al final obtendrá beneficios, seguro.

Carles Bruc abandonó el despacho del codicioso banquero y volvió a encontrarse con Groika, la bellísima secretaria.

— Dentro de dos horas termino mi jornada —musitó ella.

— ¿Es una proposición?

Groika sonrió abiertamente.

— Tengo dos grados Celsius más que las otras mujeres que hayas podido conocer.

Carles Bruc acabó diciéndole que ya la llamaría. Lo que realmente le importaba en aquellos momentos era salir del aprieto económico en que se hallaba.

Tenía una soga al cuello y Awog tiraba de ella, asfixiándole.

Si perdía su cosmonave, dejaría de ser un cosmonauta independiente y tendría que buscar empleo entre la tripulación de cualquier cosmonave y a partir de ese momento, dependería de alguien, un patrón o una corporación, y Carles Bruc quería ser libre e independiente.

CAPITULO II

Una de las cosas que más fastidiaban a Carles Bruc era tratar directamente con un androide y en aquellos momentos, al otro lado de la mesa tenía a uno que, además, le caía antipático.

Resultaba difícil que un robot bioelectrónico pudiera transmitir sentimientos; un androide era siempre un androide, su única mente, su única alma, eran los cassettes de órdenes que se le introducían, no tenía nada más; sin embargo, a Carles Bruc aquél le caía antipático.

Para ser un androide, era más bien bajo, tenía cara muy redonda y hablaba con una bocina que le daba una voz aflautada. A Carles Bruc le dio la impresión de que la bocina de aquel androide estaba algo gastada y que precisaba una reparación, pero si como ya sabía, la compañía estaba en quiebra, resultaba dudoso que llevaran al androide-gerente a un taller de reparaciones.

— Oye, quiero hablar directamente con el presidente de la compañía.

— Lo siento, lo siento. Está de viaje, está de viaje, yo tengo poderes.

— ¿Y desde cuándo un androide tiene poderes?

— Yo tengo poderes, yo tengo poderes.

Le hubiera gustado mandarle un campo hipermagnético para desactivarlo por completo, pero pensó que si desactivaba a aquel muñeco, no tenía ninguna posibilidad de llevar adelante un negocio que, por otra parte, no estaba seguro de si iba a quitarle la soga del cuello o iba a colgarle para siempre.

— Creo que tiene una remesa de módulos hábitat para vender.

— Así es, así es, módulos inmejorables, sobre plataformas aerodeslizantes que pueden colocarse incluso sobre el agua. Giran sobre un eje central a dos o cinco grados por minuto mediante programador automático. Los panoramas son completos, vistas espléndidas.

— Vistas espléndidas si los instalas en un lugar donde haya vistas, claro.

— Así es, así es, vistas espléndidas. Sala de estar, cocina y un dormitorio con litera doble para dormir parejas. Frigorífico, cocina de microondas, laboratorio de análisis y hábitat para perro, felisaurio o similares, siempre que no excedan de cincuenta kilos.

— Muy bien. ¿Cuántas unidades hay para vender?

— Tenemos precios especiales.

— Pregunto, ¿cuántas unidades hay para vender?

— En este momento, tenemos en existencia pocas unidades y una gran demanda. No sé hasta qué punto podremos servirle.

— Por todos los meteoros del espacio siniestro... ¿Qué tipo de comerciante es el que te ha metido todas esas ideas de chalaneo en la cassette?

— No puedo revelar nombres, no puedo revelar nombres.

— Compro cien módulos.

— Repita, repita... Cien módulos es mucho, cien unidades es mucho. Repita para obtener conformidad.

— Cien unidades, pero no pago más de mil unisoles por unidad.

— Mil unisoles es poco, muy poco, no cubre ni coste de fabricación. El precio por unidad es de tres mil quinientos unisoles.

— Entonces, me voy a otra parte. Por mí, los vendéis para chatarra.

Carles Bruc dio media vuelta y se alejó hacia la puerta. El androide se le adelantó.

— Espere, espere, haremos cálculos de precio, tengo órdenes de vender, órdenes de vender, pero es imprescindible precio contado.

Carles Bruc se volvió hacia aquel androide burocrático y comercial, una mezcla endiablada de robot bioelectrónico, y le dijo:

— Pago con crédito de la banca Awog.

— ¿Banca Awog? Bien, muy bien. Crédito sólido, aceptamos, aceptamos, crédito banca Awog. Tengo órdenes al respecto y debo hacer consulta para mi posterior programación.

— Vete a la mierda —gruñó Carles Bruc, ya harto.

— Gracias, señor, crédito aceptable, crédito seguro. Confirmaré datos, me comunicaré con usted.

— De acuerdo, de acuerdo.

Le pasó su clave de intercomunicación móvil y abandonó la oficina de la fábrica de módulos hábitat aerodeslizantes.

Encontró a Groika en el club Vacuo. Le sonreía ampliamente y al sentarse el hombre en el pequeño y confortable sofá, ella le preguntó:

— ¿Todo bien?

— Espero. He comprado cien casas móviles que no sé ni cómo son; no he visto más que el prospecto.

La mujer opinó:

— Seguro que será un buen negocio.

— Esperémoslo. Y ahora, ¿por qué no hablamos de ti y de mí?

— Sí, claro, pero sólo cinco minutos.

— ¿Cinco minutos, y por qué?

— Me esperan.

Carles Bruc torció el gesto.

— ¿No habías dicho que ya habías terminado la jomada?

— Sí, pero un biólogo amigo mío me había invitado antes.

— ¿A qué? ¿A ver una colección de espermatozoides a través de un microscopio de un millón de aumentos?

— Eres muy sarcástico.

— Voy a beberme un trago a tu salud.

— Gracias.

— Oye, si quieres, te invito a un viaje turístico.

— ¿Ah, sí? ¿Y adonde?

— A Venus, es cosa de ir y volver.

— Me parece bien, ¿cuándo?

— Dentro de ciento cincuenta horas.

— Le pediré unas jomadas libres a mi jefe, no es seguro que me las conceda, ya te avisaré.

— De acuerdo. Ya te daré aviso y si no puedes venir, llamaré a otra chica.

— ¿Presumes de ligón?

— Los cosmonautas independientes, cuando llegamos al planeta Tierra o a colonias de importancia, tenemos que aprovechar el tiempo. Desgraciadamente, pasamos demasiado tiempo en la soledad del espacio cósmico, recorriendo millones y millones de uniespaciales hora tras hora y en muchas ocasiones hay que hibernarse o criogenizarse si las distancias son grandes.

Carles Bruc entró en una cabina de televideófono público y llamó al banquero Awog. Casi de inmediato, como si estuviera esperando la llamada, apareció el rostro del banquero, aquel rostro que ya se había grabado en la mente de Carles Bruc.

— Ah, es usted, Bruc.

— Oiga, esos fabricantes de casas móviles parece que van a vender al precio que yo he fijado, pero antes deben hacer sus consultas.

— Entonces, no tema. Cuando llamen a mis bancos —recaló el plural— darán buenos informes, aunque debieran darlos malos porque es usted un insolvente. No obstante, como en esta operación de compra venta que va a llevar a cabo da la casualidad de que somos socios, haré una excepción. No se le ocurra hacerme ninguna jugada, Bruc. Las cosmonaves milicianas le cazarían fuese donde fuere. No habría escondite en toda la galaxia donde pudiera estar seguro.

— Conozco su poder, Awog, y me ceñiré a lo tratado. He consultado a mi ordenador cuáles serán las ganancias después de pagarle a usted todos los intereses.

— ¿Y?

— Parece que no me quedará ni para combustible, claro que tendré la posibilidad de saldar mi deuda con usted.

— ¿Y le parece poco? Je, je, je...

Carles Bruc cortó la comunicación. No tenía ganas de aguantar la risa de aquel tipo que sólo tenía una mente preparada para ganar más

y más dinero, utilizando la presión que podía ejercer con el dinero ya amasado y con el cual no dudaba en sobornar a quien hiciera falta para salirse con la suya.

CAPITULO III

— No está mal, no está mal —aprobó Groika, caminando por el interior de la cosmonave Ranxet-14—. No es una cosmonave de lujo pero resulta confortable.

— Sí, sí lo es. Tengo la sala de estar decorada en estilo primitivo.

— ¿Una sala decorada en estilo primitivo dentro de una cosmonave?

Ante la sorpresa de la muchacha, Carles Bruc la cogió del brazo y la condujo a la estancia más amplia de la cosmonave.

La joven secretaria del banquero Awog quedó boquiabierta.

— Increíble... Sofás de tonos cálidos, estanterías con libros, ese sistema primitivo de divulgación del pensamiento.

— Que no estaba nada mal. Ahora, todo viene en cassettes hipermagnéticas, pero resulta demasiado frío, poco íntimo.

— ¿Y tú lees? —se asombró Groika.

— Aunque te parezca increíble, así es.

— Vaya, dicen que eso es peligroso y subversivo.

— Quienes así opinan no son originales. Hace milenios que alguna determinada especie de tipos viene diciendo lo mismo.

— ¿Y las alfombras son pieles auténticas?

— Sí, de felinos cazados en el planeta U-36.

— Son muy suaves.

— Lo suficiente para caminar descalzos por ellas.

— Y eso es una chimenea hogar, ¿verdad? —preguntó, señalando el frontal de la estancia.

— Sí, ha sido construida siguiendo los planos extraídos de un libro muy antiguo. Ya sabes, hace siglos que se dejaron de imprimir libros para pasar totalmente a las cassettes hipermagnetizadas.

— ¿Y para qué sirve?

— Para evitar que los vuelos espaciales se conviertan en algo frío y monótono. Todas las cosmonaves son terriblemente asépticas.

— Pero las temperaturas están controladas y no se pasa frío en absoluto.

— Cierto, pero no sólo se siente frío por el descenso de temperatura del aire, sino ante un paisaje halado, por estar rodeados de paredes blancas o azules pálidos y también por la soledad.

— Eres muy primitivo.

— Es posible.

— Y la chimenea, sólo será decorativa.

— No, no, los troncos son auténticos. Tengo una provisión de ellos en la bodega. Por supuesto, son de madera aromática y de lenta combustión para que mi leñera particular sea más pequeña, pero es auténtica y la salida de humos está controlada por una bomba de succión que hace pasar los humos por un filtro, los purifica, separa el aire aprovechable y expulsa el nocivo fuera de la cosmonave.

— Maravilloso. Jamás había estado en un lugar semejante a éste.

— Tiene su interés. Ya verás, pondremos el circuito musical a toda dimensión. Hay tres mil microaltavoces distribuidos por la estancia, incrustados en paredes, techos y suelo, todos de alta fidelidad tridimensional.

— ¿Y has traído a muchas mujeres a esta sala?

— A algunas.

Ella sonrió, provocativa.

— No cabe duda de que eres un hombre primitivo hasta lo más hondo de tus células, pero...

-¿Qué?

— ¿Y el resto de la tripulación?

— Obedecen.

— ¿Como milicianos?

— Te los presentaré.

Abrió un panel que era un artístico cuadro y apareció una pantalla.

— Nodrissó, quiero verte la cara.

— ¿Cómo va eso, socio? —respondió un sujeto corpulento, de ojos de color rojo fuego.

— Bien. Cuando veáis a mi amiga Groika, tratadla bien.

— Como tú digas, socio.

— Ahora ya puedes seguir con tu trabajo.

— De acuerdo, socio; los motores están a punto de ignición.

— De acuerdo, yo pulsaré el botón de puesta en marcha. Permaneced atentos.

— Correcto, socio.

El tal Nodrissó desapareció de la pantalla y Carles Bruc llamó al otro tripulante.

— Nyigo-Nyigo, asoma tu cara por la pantalla.

Nyigo-Nyigo era más delgado y sus ojos eran intensamente amarillos.

— Aquí estoy, socio.

— ¿Cómo va el ordenador?

— Perfectamente, socio.

— ¿Y las telecomunicaciones?

— Sin novedad. Funcionan las bandas automagnéticas, el ordenador central las codifica y podremos seguir el plan de vuelo sin problemas.

— Muy bien, Nyigo-Nyigo; cuando veas a Groika, trátala bien.

— Lo que tú digas, socio.

— A trabajar.

Carles Bruc cerró la conexión con la pantalla y cerró el panel.

— ¿De dónde has sacado a esos tipos? No parecen terrícolas — observó Groika.

— Son androides.

— ¿Androides? ¿Quieres decir que viajas solo por el espacio?

— Si me consideras sólo como ser humano te diré que así es. La verdad es que los chistes de esos androides que llevo en la tripulación me los sé de memoria. Tengo que admitir que juegan bien al ajedrez, pero al póquer son unos desastres. En muchos momentos siento el frío de la soledad. Son magníficos tripulantes, no cometen fallos, pero no son humanos. Como buenos androides, carecen de sentimientos. Ni siquiera cabe esperar una traición por su parte porque los compré con la memoria en blanco y los programé yo mismo.

— ¿Por eso te llaman socio?

— Sí, es que me reventaba que me llamaran señor, jefe o comandante. Creo que he llegado a cobrarles afecto, en ocasiones les cuento mi vida y ellos no tienen más remedio que soportarme.

— ¿Y para quitarte el frío me has propuesto el viaje a Venus?

— ¿Tú qué crees?

La ciñó por la cintura buscando los dos grados Celsius que tenía de más aquella bellísima mujer mutante, nacida fuera del planeta Tierra pero hija de terrícolas.

— Hum —gimió ella—, ahora estás más apasionado.

— Espera un momento.

De un cajón sacó una diminuta pistola de rayos y disparó sobre los

tres troncos que había en la chimenea. Estos comenzaron a arder en un color rojo anaranjado.

Las luces ambientales disminuyeron y la música aumentó. Una música suave que se sentía a través de la piel al tiempo que se ola por las orejas. Era una música que condicionaba agradablemente.

— Todo esto es hermosamente primitivo —opinó Groika con las pupilas brillantes.

Carles Bruc abrió su caja de pulsera polivalente que lo mismo servía para telecomunicarse que para conocer veinte horarios distintos. Era también la terminal del ordenador de su cosmonave *Ranxet 14* y tenía un diminuto botón rojo, que pulsó.

Cerró luego la tapa de la cajita de pulsera polivalente y en toda la cosmonave se pudo escuchar un ligero silbido.

— No debería fiarme de ti, Carles —ronroneó Groika.

— ¿Tienes miedo de que te criogenice para conservarte eternamente para mí solo?

— Más bien por todo lo contrario.

Las llamas del fuego que ardía en la chimenea hogar colocada dentro de una sofisticada cosmonave se reflejaban en las pupilas femeninas y al hombre le apeteció volver a besar aquellos labios calientes mientras la cosmonave se alejaba de la órbita del planeta Tierra.

CAPITULO IV

Groika miró preocupada los dígitos de su reloj.

— No es posible...

Se acercó al telecomunicador y lo puso en marcha; en pantalla apareció el rostro sonriente de Carles Bruc.

— Hola, encanto, ¿te encuentras bien?

— Carles, ¿qué ha pasado?

— ¿Pasado? ¿No lo recuerdas?

— Bebí algo que tú llamabas champán y había fuego en la chimenea.

— ¿Y nada más?

— No seas cínico. ¿Qué ocurre con el horario?

— Nada anormal, que yo sepa. De lo contrario, ya me lo habría advertido la computadora central.

— Hace más de diez horas que debíamos haber llegado a Venus.

— ¿A Venus?

— Claro, a Venus. Me dijiste que me llevarías a pasear por Venus.

— Lo siento, no lo recuerdo.

— ¡Embustero] — acusó la joven, excitada.

— Querida, acabamos de recoger un conteiner cargado al completo con habitáculos aerodeslizantes, ya sabes, casas móviles para ser trasladadas de un lugar a otro, especiales para pioneros que en planetas desconocidos operan solos o en grupos de tres individuos como máximo y que carecen de cosmonave, buscadores de metales, piedras preciosas o combustibles sólidos de alta radiactividad. Ahora, nos dirigimos hacia el planeta Fomea.

— ¡No! —exclamó Groika.

— Sí; ya no podemos volvernos atrás, consumiría demasiada energía. El combustible está muy caro, querida, y gracias a tu jefe no puedo permitirme ciertos lujos.

— ¡Esto es un rapto! —protestó Groika.

— Yo no diría tanto; nadie te ha obligado a subir a mi cosmonave.

— Eres un embustero, te denunciaré a las autoridades por rapto.

— Puedes hacerlo cuando regresemos, pero recuerda que nadie te ha obligado a subir a mi cosmonave. Yo creo que no es para quejarse tanto; sólo se trata de que en vez de pasear por Venus vayamos a

pasear por el planeta Fomea.

— A mí no se me ha perdido nada en Fomea —protestó Groika.

— Tranquilízate, allí he de llevar a cabo un negocio. Procuraré vender mi cargamento a un detallista para que él se encargue de vender los cascarones a los aventureros y nosotros, con el negocio cerrado, regresaremos al planeta Tierra.

— Mi jefe me despedirá.

— No creo, querida. Ya le he enviado aviso de que te guarde la plaza de secretaria para tu regreso. Espero que me haga caso, ahora él y yo somos socios.

— De todos modos, te denunciaré y serás enviado a una colonia de castigo en algún inhóspito planeta.

— Si me lo pintas tan negro, no regreso al planeta Tierra y en paz.

Groika, malhumorada, cerró la transmisión.

De pronto, la cosmonave sufrió una violenta sacudida al tiempo que los circuitos luminosos oscilaban. La sensación para Groika era que la cosmonave iba a ser destruida en cualquier momento.

Tras recuperarse, optó por abrir de nuevo el telecomunicador, pero éste había dejado de funcionar.

Optó por salir de la confortable sala decorada primitivamente y se acercó a la sala de control donde Carles Bruc llevaba el mando de la cosmonave, apoyado por el ordenador central y sus dos androides.

— ¿Qué pasa ahora?

— Piratas.

— ¿Piratas?

— Sí, piratas del espacio. Son entes de Nikian que van a la caza de todo lo que viaja por el espacio sin escolta y nosotros es evidente que no la llevamos.

— ¿Y qué sucederá?

— Vamos demasiado cargados con el conteiner; no tenemos mucha capacidad de maniobra con esa carga bajo la panza.

— Suelta la carga y escapemos.

— Eso ni lo pienses, encanto. Yo no suelto la carga; es mi única salida; si la pierdo, me hundo.

— ¿Y qué pasará con esos piratas de Nikian?

— En realidad, no disparan a dar. No quieren nuestra total destrucción; lo que pretenden es capturarnos para quedarse con la carga y la cosmonave. Sólo nos destruirían si lo vieran todo perdido.

— Y si nos capturan, ¿cuál será nuestro destino?

— Nos convertirán en esclavos. A mí me venderán en algún planeta donde puedan comprarme y a ti...

— ¿Qué harían conmigo?

— Te venderían en algún planeta frontera.

— ¿Para meterme en un burdel?

— Mejor no lo pienses.

— En un burdel para aventureros, claro.

— Te he dicho que no lo pienses.

— Cosmonave acercándose, pide entrar en telecomunicación — advirtió el androide Nyigo-Nyigo.

Carles Bruc abrió la pantalla telecomunicadora y apareció el rostro desagradable de un nikian.

Tenía dos ojos pequeños y muy brillantes, como -cabezas de alfiler. La boca casi formaba una línea quebrada y un espeso cabello rubio le cubría el cráneo.

— Terrícolas, detened vuestra cosmonave y preparaos para que la abordemos.

— ¿Y si no me da la gana de obedecer? —replicó Carles Bruc directamente.

El ente de Nikian, sin alterar su rostro, inescrutable para los terrícolas, respondió:

— En ese caso, os incineraremos. No tardaréis en convertiros en plasma cósmico.

Groika musitó:

— Yo no quiero morir,

— Ya lo has oído, hijo del abismo espacial —espetó Carles Bruc —. No queremos morir.

— Carles, tengo miedo —confesó la mujer.

— Todavía no nos han capturado —respondió Carles Bruc, ya cortada la telecomunicación con los entes de Nikian.

— No podremos escapar.

— ¡Nodrissó!

— ¿Sí, socio? —replicó el androide, totalmente programado por el propio Carles Bruc.

— ¿Por dónde viene?

— Por la proa siete con tres puntos BB.

— De acuerdo, corregiremos el rumbo.

— Cargados con el conteiner no podremos escapar —se lamentó Groika.

Carles Bruc, que conocía perfectamente las posibilidades de su cosmonave *Ranxet-14* puso proa exactamente hacia los piratas del espacio, como disponiéndose para un choque frontal.

Un punto luminoso apareció en la pantalla del suprarradar, un punto que quedó centrado dentro del círculo existente en el centro de la cruz. Groika se asustó.

— Si chocamos, desapareceremos todos.

— No tengo ningún interés en desaparecer.

Carles Bruc oprimió un botón y por la propia proa brotaron unos chorros pulverizantes de agua caliente al tiempo que con la diestra pulsaba el botón que hacía entrar en ignición los motofrenos.

La pantalla que les ofrecía visión del espacio se tornó opaca bruscamente.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Groika.

— No disminuimos velocidad y nos separaremos de la nube de hielo —advirtió Nodrissó.

Carles Bruc explicó a la muchacha:

— Las gotitas de agua caliente se enfrían casi instantáneamente y cristalizan formando micrometeoritos de hielo.

— ¿Has provocado una nube de micrometeoritos de hielo?

— Exacto, Groika, es más o menos como la estela de algunos cometas. Ahora, ellos no nos pueden localizar con sus radares detrás de la nube de micrometeoritos. Ni siquiera pueden dispararnos con sus cañones de hiperláser.

— ¿Y cuánto tiempo permaneceremos detrás de la nube que tú mismo has provocado?

— El suficiente para desconcertar a los piratas del espacio que tendrán que cambiar el rumbo para localizarnos. Jugaremos al gato y al ratón y si se ponen a tiro les enviaremos nuestra tarjeta de visita.

— ¿Crees que hay alguna posibilidad de escapar?

— No lo sé, pero ahora estarán furiosos. |Nodrissó, atento al radar!

— Atento, no captamos más que la nube de micrometeoritos de hielo,

— Ellos tampoco captarán nada más. Nyigo-Nyigo, ¿qué captas?

— Telecomunicaciones distorsionadas.

— Perfecto —admitió Carles Bruc.

— ¿Y ahora qué?

— Tengo listos los cañones para dispararles.

— ¿A qué distancia estarán?

— A menos de cuarenta segundos de la nube que hemos colocado

como pantalla entre ambos.

— ¿Y si la atraviesan?

— Estaremos esperando. Seguimos separándonos de la nube gracias a los motofrenos. La nube avanza hacia la cosmonave pirata de Nikian a la misma velocidad que nosotros llevábamos de crucero en el instante que la hemos lanzado, puesto que no hay nada que frene su velocidad de inercia.

— No me gusta. La cosmonave puede traspasar esa nube.

— Es posible que no se arriesguen. En estos momentos desconocen el espesor de la nube de hielo. Pasar su cosmonave por entre el hielo significaría un rozamiento excesivo que causaría un recalentamiento en el fuselaje de su cosmonave y siempre hay puntos débiles que pueden...

Carles Bruc interrumpió sus explicaciones. Un resplandor cegador iluminó sus rostros súbitamente hasta dañarles los ojos.

— ¿Qué ha sido eso? —chilló Groika.

La cabeza de Nodrissó había comenzado a girar sobre su tronco como una peonza y con su voz de bocina sonando distorsionada, exclamó:

— Explosión, explosión.

— ¿Les has disparado? —quiso saber Groika.

— No.

— Entonces, ¿qué ha pasado?

— No lo sé —confesó Carles.

— ¿Qué haremos ahora?

— Cruzar la nube de micrometeoritos de hielo.

— ¿Podemos estallar?

— No. Nosotros sabemos que el espesor de esa nube no es grande y no habrá tiempo ni de recalentamiento.

Detuvo los motofrenos y puso en ignición los motores de popa. Las

toberas de popa lanzaron su resplandor blanco y se sumergieron en la nube de hielo que les precedía.

Al llegar al otro lado se encontraron de nuevo con la brillantez del mundo sideral.

— No hay nada, no están —dijo Groika.

— Nodrissó, análisis del espacio.

— Análisis realizado, socio.

— ¿Resultado?

— Restos de una cosmonave convertida en polvo espacial. Vestigios de metales y carbono; también hay radiactividad flotando.

— Entonces, no cabe duda de que han quedado destruidos.

— Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

— No lo sé, Groika; quizás han cometido un error. Pueden haber disparado su láser contra la nube para abrirse paso o medir su profundidad; el láser ha rebotado en los prismas de los granos de hielo y les ha dado a ellos mismos. Creo que jamás sabremos lo sucedido. El caso es que nos hemos librado de ellos y proseguiremos el viaje.

— ¿Seguro que nos hemos librado de esos piratas?

— Seguro, Groika; si hay más, lo ignoro, pero esa cosmonave que nos invitaba a rendirnos ya no nos molestará. ¡Nodrissó!

— ¿Sí, socio?

— Corrige el rumbo; proseguiremos viaje hacia Fomea.

— Un momento —pidió Groika.

— ¿Qué sucede? Nos hemos librado de esos malditos piratas del espacio. El peligro ya ha pasado.

— Yo quiero regresar al planeta Tierra. Si me retienes aquí, me consideraré raptada.

— Magnifico, mi bella dama raptada... Te invito a pasar un ratito en mi sala de la chimenea hogar.

— No, esta vez no te saldrás con la tuya, canalla raptor de incautas.

Groika, molesta y con una actitud muy digna, se alejó en busca de su camarote. Carles Bruc se encogió de hombros, suspirando levemente.

— Esperemos que se le pase pronto el berrinche, de lo contrario será un viaje muy aburrido.

— Rumbo corregido, rumbo corregido...

CAPITULO V

— Groika, Groika, ¿me oyes?

La mujer tardó en responder, pero al fin lo hizo.

— ¿Qué pasa?

— Quiero decirte que ya tenemos el planeta Fomea a la vista.

— No me digas —respondió ella abriendo la pantalla del televideófono, pues en principio se había limitado a abrir sólo el circuito del fono.

— Sí, ya lo tenemos a la vista.

— ¿Cuándo llegaremos?

— Dentro de veinte minutos. Ya hemos iniciado el proceso de deceleración.

— ¿No pasaremos de largo?

— No, no me interesa pasar de largo. La maniobra de descenso será lenta; vamos muy cargados con el macroconteiner.

— ¿Cuánto tiempo estaremos en el planeta Fomea?

— No sé; depende de la suerte que tenga en la venta. Por los informes que poseo, ese planeta resulta muy exótico e interesante.

— Creo que es un planeta biológicamente primitivo.

— Sí, eso creo yo también.

— Cuando lleguemos al planeta Fomea buscaré plaza en una cosmonave de línea regular que pueda regresar al planeta Tierra y te perderé de vista.

— No creía que te hubiera sentado tan mal nuestro encuentro en la salita de la chimenea.

— Lo que no me gusta es que me sometan por la fuerza. Me has engañado y me siento raptada, ya te lo dije; por eso he salido lo mínimo de mi camarote durante el viaje.

— Un viaje que ha sido francamente aburrido.

— ¿No te has entretenido con tus androides?

— No entiendo por qué te has molestado tanto. Después de todo, sólo se trataba de continuar lo que hablamos empezado...

— ¡Eres un machista primitivo!

— Eso ya me lo dijiste en nuestro primer encuentro en el banco de tu jefe Awog y me dio la impresión de que te interesaba mucho mi supuesto primitivismo.

— No creí que llegaras a comportarte como un machista canallesco hasta el punto de engañarme y raptarme.

— Eso se solía hacer bastante en la antigüedad.

— Hemos superado aquellos tiempos; estamos en la era de la tecnología racionalista.

— Pues yo no me siento descontento de seguir teniendo sentimientos primitivos que en nada se parecen a los de un ordenador. Por cierto, que tú también los tienes; no haces el amor como si fueras una androide sexoplaceba.

— ¡Espero que te encarcelen! —chilló, y cerró el contacto del televideófono.

— Muchachos, hay que irse preparando; la reina sigue enfurruñada. No creí que le durara tanto, esperaba que tuviera más sentido del humor. Cuando estemos en el planeta Fomea, veré de

comprarle un regalo.

— ¿Qué es un regalo? —preguntó Nyigo-Nyigo.

Carles Bruc quedó pensativo un instante. Los androides ignoraban lo que era un regalo porque no se les había programado para saberlo.

Carecían de infancia. Eran construidos ya adultos en las fábricas de androides y se les programaba para una misión específica que luego debían cumplir como cualquier otra máquina.

Y cuando el coste de reparaciones resultaba ya excesivo por su múltiple envejecimiento, se les desechaba para comprar otro con mayores prestaciones.

— Es un obsequio —respondió Carles mecánicamente, buscando un sinónimo.

— ¿Y qué es un obsequio? —preguntó Nyigo-Nyigo que tenía la obligación de descifrar claves.

— Pues es dar una cosa, un objeto... Un humano la compra y se la da a otro humano.

— ¿Por el mismo precio?

— No, se da sin pedir nada a cambio. Por lo menos, es lo que se dice, aunque casi siempre se espera obtener algo a cambio.

— No entiendo, socio. Me parece una contradicción y eso no es computable.

— Mejor será que sigas sin comprenderlo.

Carles Bruc se concentró en la operación de acercamiento.

Nyigo-Nyigo inició los contactos con el centro de control del astropuerto del planeta Fomea, un centro de control básicamente primitivo, con material casi de desecho.

Bruc decidió tomar todas las precauciones. Aquel planeta estaba todavía por explorar y, por tanto, los mayores adelantos de la tecnología espacial no se habían instalado en aquel lugar tan lejano dentro de la galaxia.

Fomea era un planeta azul verdoso del sistema estelar Borios que se componía de dos soles, el Borio-1 y el Borio-2, separados entre sí

por una fuerza magnética de signo igual que mantenía su distancia evitando la colisión de las dos estrellas, lo que provocaría una supernova.

En consecuencia, los planetas tenían una elipse gigantesca. Giraban en torno a los dos soles, por lo que su órbita, medida en tiempo, era de mil trescientos veintidós años, contando que sus días eran de veintitrés horas y tomando como media de tiempo la utilizada en el planeta Tierra, que en absoluto podía corresponder a las estaciones climatológicas. La órbita de Fomea era tan larga que nadie podía haberla visto completa.

Cuando la cosmonave *Ranxet-14* se acercaba al planeta Fomea, éste se encontraba equidistante de los dos soles y colocado de tal forma que estaba en su periodo de máximo calor.

Los casquetes polares se fundían y el nivel de los océanos subía.

Se producían grandes tormentas, huracanes arrasadores que luego desaparecían con gran velocidad, trasladándose a otros puntos del planeta.

Como era lógico, los ríos se desbordaban de sus cauces y ocupaban vastas extensiones de terreno.

Los seísmos habían aumentado en un mil por uno, cambiando la morfología de valles y montañas. Y por tal motivo, se producían grandes hallazgos de minerales que habían permanecido ocultos, piedras preciosas que en ocasiones saltaban como vomitadas desde el subsuelo del planeta.

— Atención, centro de control de Fomea, aquí Ranxet-14; vamos a descender en el astródromo.

— Háganlo en la parcela ciento veintidós —precisaron los del centro de control.

Nodrissó advirtió:

— La parcela ciento veintidós está en el extremo más alejado del astropuerto.

Carles Bruc se comunicó de nuevo con el centro de control.

— Oiga, ¿no puedo descender más centrado?

— No, las pistas están dañadas. Hemos tenido un seísmo y existen grietas muy peligrosas.

— De acuerdo, aceptada parcela ciento veintidós. Descenso canal doce, punto uno vertical. Masa descendente diez mil por cien...

— Aquí centro de control. Esa masa es muy grande. Va a resultar peligroso. ¿Qué clase de cosmonave trae?

— Lo que traigo es un macroconteiner pegado a la panza. No querrán que suelte las mordazas de los anclajes, ¿verdad?

— Si lo hace, va a perforar la pista hasta hacer un cráter y no nos extrañaría que apareciera un volcán. Por estos tiempos, el planeta está muy agitado.

— Descenderemos el máximo de despacio que podamos.

— El macroconteiner acelerará la calda a menos que dispongan de potentes retrocohetes.

— Dispongo de los necesarios. Espero tener el suficiente combustible a bordo.

— Amigo, le vamos a estar apuntando con un cañón. Si pierde el control de su cosmonave y del macroconteiner, le dispararemos y será destruido en el aire antes de llegar a la pista; así evitaremos más desperfectos.

— Oiga, ¿usted es un humano o un androide? —preguntó Carles Bruc molesto ante aquella advertencia.

— Tengo órdenes que cumplir. No obstante, lo único que haríamos disparando sería acortarles la vida en cuatro o cinco segundos. La forma de morir sería la misma si pierden el control de su cosmonave y no creo que por cuatro o cinco segundos más o menos haya que ponerse nerviosos.

— Pero ¿qué clase de bastardo eres, hijo de la madre que te parió?

— Oiga, ¿eso es un insulto? —preguntó el ente que dirigía el centro de control del planeta Fomea.

— ¿Y usted qué cree? Por cierto, yo también dispongo de cañones; si pierdo el control del macroconteiner aprovecharé para disparar sobre la torre del centro de control; así nos freiremos todos al mismo

tiempo.

— ¡Oiga, eso no puede hacerlo! —chilló el tipo del centro de control, evidentemente nervioso.

— ¿Ah, no? ¿Y quién me lo va a impedir?

— El reglamento de los astropuertos espaciales.

— A la mierda con ellos. Chúpate tu cañón, que yo controlaré el mío. ¡Ahí vamos!

Croika estaba junto a Carles Bruc, escuchando la conversación con el centro de control.

— ¿Tenemos posibilidades de descender sin peligro?

— Sí, muchas; bueno, por lo menos es lo que creo. La verdad es que tenemos poco combustible y con los retrocohetes vamos a gastar mucho. A tu jefe, el usurero del Banco, el señor Awog, no se le ocurrió facilitarme un talonario de crédito para combustible.

— ¿Y por qué no se lo pediste?

— ¿Para qué? Me hubiera puesto el cincuenta por ciento de interés adicional; un poco más y tengo que darle hasta los pantalones.

— Estás loco.

— ¿Por qué no me llamas de nuevo «machista primitivo»?

— Porque creo que la loca fui yo al pensar que, que...

— Que yo sólo sería un juguete para ti para pasar unas horas y luego, |hale!, al baúl de los recuerdos. Pues te equivocaste, preciosa. Los cosmonautas pasamos demasiado tiempo solos en el espacio y seguimos teniendo cuerpo y sentimientos.

— Las mujeres hemos evolucionado más.

— Sí, mucho —opinó, burlón.

— Tenemos nuestros lógicos momentos de debilidad.

— Yo, a esos momentos, los llamo de debilidad extrema. En fin, seguiremos platicando al respecto. Ahora tengo que depositar el macroconteiner en la parcela ciento veintidós, aunque me gustaría

colocarlo sobre la torre de control, a ver si conseguían sostenerlo o la torre se hundía en las profundidades de este loco planeta.

— Según los datos del ordenador central, no poseemos suficiente combustible en los retrocohetes para mantener la velocidad veintidós —advirtió el androide Nodrissó.

— Pues volaremos a velocidad cincuenta —replicó Carles Bruc.

Nodrissó tecleó y no tardó en aparecer la respuesta del ordenador central.

— La velocidad cincuenta, con la carga que llevamos, es imposible. La aceleración hará que choquemos contra la superficie del planeta.

— Ya lo imagino.

— Eso nos matará.

— Espero que no.

— El ordenador no se equivoca —advirtió Groika.

— Descenderemos a velocidad cincuenta. Eso hará que quede una punta de combustible en el depósito. Cuando falte poquito, muy poquito para llegar abajo, soltaré todo el combustible que quede de golpe. Será un brusco frenazo en el aire que decelerará nuestra calda. Es posible que nos demos un tortazo, pero sólo será eso. Te aconsejo que te estires en la litera y te sujetes con correas.

— ¡Nos mataremos! ¡Eso es una locura! —protestó Croika.

— ¿Y qué quieres? ¿Que suelte el macroconteiner en órbita, después de lo que me ha costado llegar hasta aquí?

— Debiste haber calculado el gasto de combustible.

— Estaba calculado, preciosa; sólo que no contaba con la aparición de los piratas de Nikian. Tuvimos que utilizar los motofrenos para escapar de ellos y eso fue lo que consumió la energía que ahora necesitamos.

— No se puede viajar por el espacio con el combustible tan justo.

— Cuando tu amado jefe me quite la soga que me ha puesto al cuello con tantos intereses como tengo que pagarle, llevaré siempre los depósitos de combustible a tope, pero hoy por hoy no puedo

pagarlo y si quieres, se lo cuentas a tu jefe en cuanto le veas. Ahora, déjame tranquilo y sigue mi consejo, ya sabes, a la litera y ponte las correas, a menos que quieras perforar el techo con tu linda cabecita.

Ella se lo quedó mirando furiosa. Carles Bruc, sentado en su butaca anatómica, se colocó los atalajes preventivos. Groika bufó al verlo y se alejó de prisa.

— Nyigo-Nyigo, Nodrissó, colocaos las sujeciones magnéticas.

— Sí, socio —respondieron los dos androides al mismo tiempo.

Ia cosmonave Ranxet-14 comenzó a descender dentro de la atmósfera del planeta Fomea sobre la vertical del astropuerto. A simple vista, desde la superficie del planeta, podía verse el macroconteiner que la cosmonave llevaba sujeto bajo su panza.

El macroconteiner era cilíndrico, con los lados semiesféricos, y la base de sustentación poseía patas articuladas con potentes muelles hidráulicos para pegarse al suelo en el quedara posado.

— ¡Centro de control a Ranxet-14, centro de control a Ranxet-14! ¡Efectúan descenso a velocidad excesiva, van a estallar, velocidad excesiva!

— No se ponga histérico, amigo, sé lo que me hago. Cuando estemos cerquita del suelo, echaré el freno de mano.

— ¿Qué dice? ¿Está loco? ¡Va a estallar!

— Le apuesto mil unisoles a que no.

— ¡Apostados, digo que se van a matar y todo estallará! ¿Llevan material radiactivo en el macroconteiner?

— He entendido que sí acepta la apuesta, ¿eh? —se rió Carles Bruc mientras sujetaba las palancas de mando de su cosmonave que temblaba por la velocidad excesiva y el problema que representaba el rozamiento del aire.

Nyigo-Nyigo advirtió:

— La temperatura interior aumenta progresivamente; nos acercamos a la zona peligrosa.

— Da toda la refrigeración.

— Ya funciona al máximo, socio.

— Pues hay que aguantar. Si os funde algún transistor, ya os lo cambiaré.

Los dos androides se volvieron para mirar a Carles Bruc. En aquellos momentos, ambos parecían tener ojos humanos, ojos interrogantes.

Mientras, la *Ranxet-14* temblaba más y más y la temperatura aumentaba de tal forma que tocar algunas partes de la cosmonave ofrecía el riesgo de quemadura.

En la sala, los troncos de la chimenea se encendieron solos y también el tapizado del sofá, pero entraron en funcionamiento los extintores automáticos.

Groika estaba en la sala, de pie, viéndolo y chilló hasta taparse los oídos para no escucharse a sí misma.

Corrió hacia su camarote, se tendió en la litera y comenzó a cerrar los atalajes de seguridad en torno a su bellísimo cuerpo.

No se había colocado aún el último correaje cuando la cosmonave sufrió una violenta sacudida, como si acabaran de chocar.

El cuerpo de Groika se dobló sobre sí mismo y su cabeza golpeó contra sus propios muslos. Luego volvió hacia atrás y la cosmonave tornó a sufrir otra sacudida, en esta ocasión inferior a la anterior.

— ¡Lo conseguimos! —exclamó Carles Bruc, soltando los mandos.

Los dos androides se miraron entre sí.

En pantalla apareció la cara del terrícola que tenía el mando del centro de control del astropuerto.

— Bruc, ¿me oye?

— Sí, perfectamente.

— Ha estado a punto de volarnos a todos.

— Incluyéndome a mí mismo, pero ya ve que no ha sido nada.

— No lo vuelva a intentar o, para evitar el peligro, lo desintegraremos en el aire.

— Recibida advertencia, pero me debe mil unisoles.

— ¿Cómo?

— Sí, la apuesta. ¿No se acuerda o prefiere que se la pase en video? Si no paga, la paso públicamente, para que todos sepan que no paga sus apuestas.

— Está bien, pagaré; pero si repite lo que ha hecho, lo reduciremos a cenizas. Por cierto, ¿qué trae en el conteiner?

— Casas.

— ¿Casas?

— Sí, habitáculos aerodeslizantes para tener movilidad constante a reducido precio y seguridad a todo confort.

— Creo que esa mercancía la va a vender pronto siempre que no sea muy cara. ¿Cuántas unidades trae?

— Cien.

— Es una excelente cantidad. Si quiere, yo tengo un amigo que...

— ¿Un amigo o un socio?

— Digamos que al cincuenta por ciento. Podríamos tratar el asunto de la compraventa de esos habitáculos, luego ya nos encargaríamos de la venta al detall. Hay que tener en cuenta que aquí los exploradores están desperdigados por todo el planeta. A los que viven en la metrópoli no les hacen falta esos habitáculos aerodeslizantes, a lo sumo vendería un par de docenas.

— Tendré en cuenta su oferta; antes tengo que visitar a un par de amigos. Ahora, disculpe; debo ir a comprobar que se halla en perfecto estado el mejor material que llevo a bordo.

Carles Bruc cerró la conexión y abandonó su butaca para dirigirse al camarote de ¡a bella Groika.

Cuando entró en la estancia, encontró a la joven inconsciente y temió por su vida. Sintió entonces un zarpazo de culpabilidad que le hizo daño. Si ella moría, él habría tenido la culpa.

CAPITULO VI

Aguardó a la salida de la doctora Nua, que le miró levemente sonriente.

— No se preocupe, joven; no pasará de algún derrame interno.

— ¿Grave?

— No, alguna rotura de venas de cuarto orden. Nada importante, pero pudo serlo; claro que hay algo que sí es grave.

— ¿Algo en la cabeza?

— No, se trata de que ella dice que usted la ha raptado.

— Tonterías. Ella subió a mi cosmonave y luego vinimos aquí.

— Pues será mejor que la calme, está furiosa. Yo le recomendarla que buscase un ramo de flores.

— ¿Flores?

— Sí, flores, un ramo. Es muy primitivo, ya lo sé, pero a las mujeres siempre nos hace efecto.

— ¿Y dónde las encuentro?

— En el Shop-center, no está lejos de aquí. Luego, ella saldrá de este centro médico por su propio pie y será una persona libre; irá adonde quiera y usted no podrá condicionarla.

— Naturalmente que no.

— Si ejerce alguna presión sobre ella, me temo que tendrá que intervenir la policía.

— ¿La policía? Qué barbaridad. Por cierto, ¿hay ley en este planeta?

— En todas partes donde existe una colonia de la Confederación Terrícola hay ley; sólo que tenemos muy pocos policías. No nos vamos a engañar; aquí, como en todas las colonias alejadas de la Tierra,

impera la ley del más fuerte o del más astuto.

— No se habrá creído eso de que la he raptado, ¿verdad?

— No, no me lo creo. Pienso que ella es una mujer bonita y usted un joven digamos pletórico de vitalidad. Puede que la haya asustada un poco. Ya sabe que algunas mujeres se educan excesivamente en la tecnología, la asepsia y la frialdad de sentimientos.

— Comprendo, se vuelven frígidas.

— Más o menos.

— Groika no lo es, presume de coqueta.

— Quizás se acercó demasiado al fuego y ahora teme quemarse. Si yo estuviera a solas con usted en una cosmonave durante un largo viaje y teniendo menos años, seguro que ya me habría quemado. Es usted un espléndido ejemplar masculino de ente terrícola, me complacería hacerle un chequeo a fondo.

— Oh, muchas gracias, pero ahora tengo que ir a comprar un ramo de flores.

Carles Bruc no tardó en regresar al centro médico con el mayor ramo de flores que había podido comprar. La verdad es que se sentía algo ridículo y por donde quiera que pasaba, con aquel ramo de flores en la mano, era observado con curiosidad.

Cuando iba a cruzar la puerta de la habitación en que se hallaba Groika, se disparó una alarma.

No tardaron en acudir dos entes, un enfermo y una enfermera, que clavaron sus hostiles ojos en el ramo de flores, advirtiéndole:

— No puede pasar.

— ¿Cómo que no?

— Las flores están terminantemente prohibidas. Están repletas de bacterias y microorganismos nocivos para los enfermos.

— No entiendo nada. La doctora Nua me ha dicho que lo trajera.

— Qué extraño —replicó la enfermera — . La doctora Nua sabe que las flores están prohibidas; no obstante... —llamó por el intercomunicador que llevaba en el bolsillo—. ¿Doctora Nua? Aquí la

enfermera A-52.

— ¿Qué sucede? —preguntó la propia doctora, cuya voz brotó nítida por el intercomunicador portátil.

— Aquí hay un visitante que lleva un ramo de flores para una paciente y las flores están prohibidas.

— Ah, sí, déjenlo pasar. La paciente está en perfectas condiciones, abandonará la habitación en un par de horas. Que luego desinfecten completamente la habitación.

Se cortó la intercomunicación y le permitieron la entrada.

La puerta se abrió automáticamente. La estancia se hallaba en penumbra y Groika tenía los párpados cerrados.

— Groika —interpeló débilmente.

La bellísima mujer abrió los ojos. Vio el enorme ramo de flores y luego miró al hombre.

— ¿Son para mi entierro? —preguntó.

— No, no; me ha parecido que te gustarían. Aquí en el planeta Fomea, las flores son como más grandes y tienen colores muy brillantes.

— Sigues tan primitivo como siempre. Con una sola flor hermosa que trajeras hubiera bastado. Tú por poco te traes un conteiner lleno.

Carles Bruc carraspeó.

— En fin, no siempre se acierta.

Depositó las flores en una silla, suspiró y dio media vuelta para marcharse.

— ¡Espera!

Se volvió.

— ¿Vas a leerme las ordenanzas de la carta espacial?

— Me gusta el detalle de las flores, pero no creas que eso va a hacerme olvidar que me has traído aquí en contra de mi voluntad.

— Cuando venda los módulos, regreso al planeta Tierra.

— Entonces, estás obligado a llevarme contigo.

— ¿No vas a buscar un billete para la primera cosmonave que regrese al planeta Tierra?

— No. He meditado un poco en esta cama y he pensado que, después de todo, ya no hay por qué tener prisa. Si he llegado hasta el planeta Fomea, ¿por qué no visitarlo?

— De acuerdo, yo me encargo de eso. Tengo un aerodeslizador y precisamente he de hacer algunas visitas a los posibles compradores. Si quieres ser mi acompañante consejera...

— No lo hago mal como secretaria.

— Estupendo. Ya he recibido ofertas de compra, pero quiero obtener el máximo precio para no volver a quedarme sin combustible como en nuestra llegada al planeta Fomea.

Groika sonrió. Luego se apresuró a puntualizar:

— Te acompañaré, pero no creas que todo va a ser como las primeras horas que estuve en tu cosmonave. Aquello terminó a partir del momento en que me sentí engañada, raptada y diría más, hasta violada.

— ¿Y qué he de hacer ahora, además de haberte traído flores? ¿Prometer que no pondré un solo dedo encima de tu bello cuerpo?

CAPITULO VII

Carles Bruc no se fiaba mucho de hacer tratos con seres que no fueran terrícolas. No estaba seguro de cobrar.

Miró al individuo que tenía delante, un ser de piel tan transparente que se le podían ver todas las venas y arterias a través de ella.

Su cráneo era abultado y carecía de cabello; en su lugar y como protector, tenía unos honguillos pardos que resultaban muy duros al

tacto.

Parecían millares de verrugas, unas junto a otras, pero aquellos honguillos crecían, morían y se desprendían como el cabello de los terrícolas.

— Conozco a alguien que puede comprarte los módulos.

— ¿Ah, sí? ¿Quién es?

— Sirrom.

— No le conozco.

— Será porque es la primera vez que llegas a este planeta.

— Eso puede ser cierto.

— Sirrom te pagará más que nadie por esos módulos aerodeslizantes.

— ¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

— Es mi hermano.

Carles Bruc pensó que las cosas se complicaban; aquel tipo del planeta Ahor no le gustaba.

— Tengo la impresión de que no te fías de mi, terrícola.

— ¿Dónde está tu hermano Sirrom?

— En Coplan.

— ¿Y dónde está eso?

— Es la mejor zona minera de este planeta. Al principio se fundó aquí esta colonia terrícola y se nos permitió llegar a los entes de otras civilizaciones planetarias, entre otras cosas porque así está estipulado en la carta del pacto de los planetas; pero ahora aquí se encuentra poca cosa, sólo metales que hay que transformar. Coplan es diferente, allí está la riqueza.

— ¿Qué se encuentra?

— Piedras preciosas y combustible owonion.

— ¿Owonion? Ese es el mejor de los combustibles, previamente tratado con bombardeo de mesones.

— Es un poco arriesgado, pero vale la pena.

— ¿Cuánta gente hay por aquel lugar?

— Más de un millar de seres.

— ¿Terrícolas?

— La mayoría lo son, pero también los hay de otras etnias.

— ¿A qué distancia está Coplan?

— En un buen aerodeslizador, a no más de dos horas, hay que cruzar el mar de los monstruos.

— No sabía que hubiera aquí un mar llamado de los monstruos.

— Sí, es que existen cefalópodos gigantescos. Si se viaja en aerodeslizador, a poca distancia de la superficie marina, hay que ir rápidos para no tener un disgusto.

— De acuerdo, yo iré en mi propio aerodeslizador.

— Sólo hará falta que me sigas y te llevaré adonde está Sirrom. Seguro que te comprará los módulos habitables.

— Eso quiere decir que cuenta con compradores potenciales.

— Seguro. Este planeta, debido a la situación en que se halla entre los dos soles, es muy inestable y nadie puede vivir tranquilo. Una casa aerodeslizante es la solución; sólo así puedes dormir a pierna suelta sin temor a que se te trague la tierra o te aplaste una roca, porque supongo que el aerodeslizante será automático.

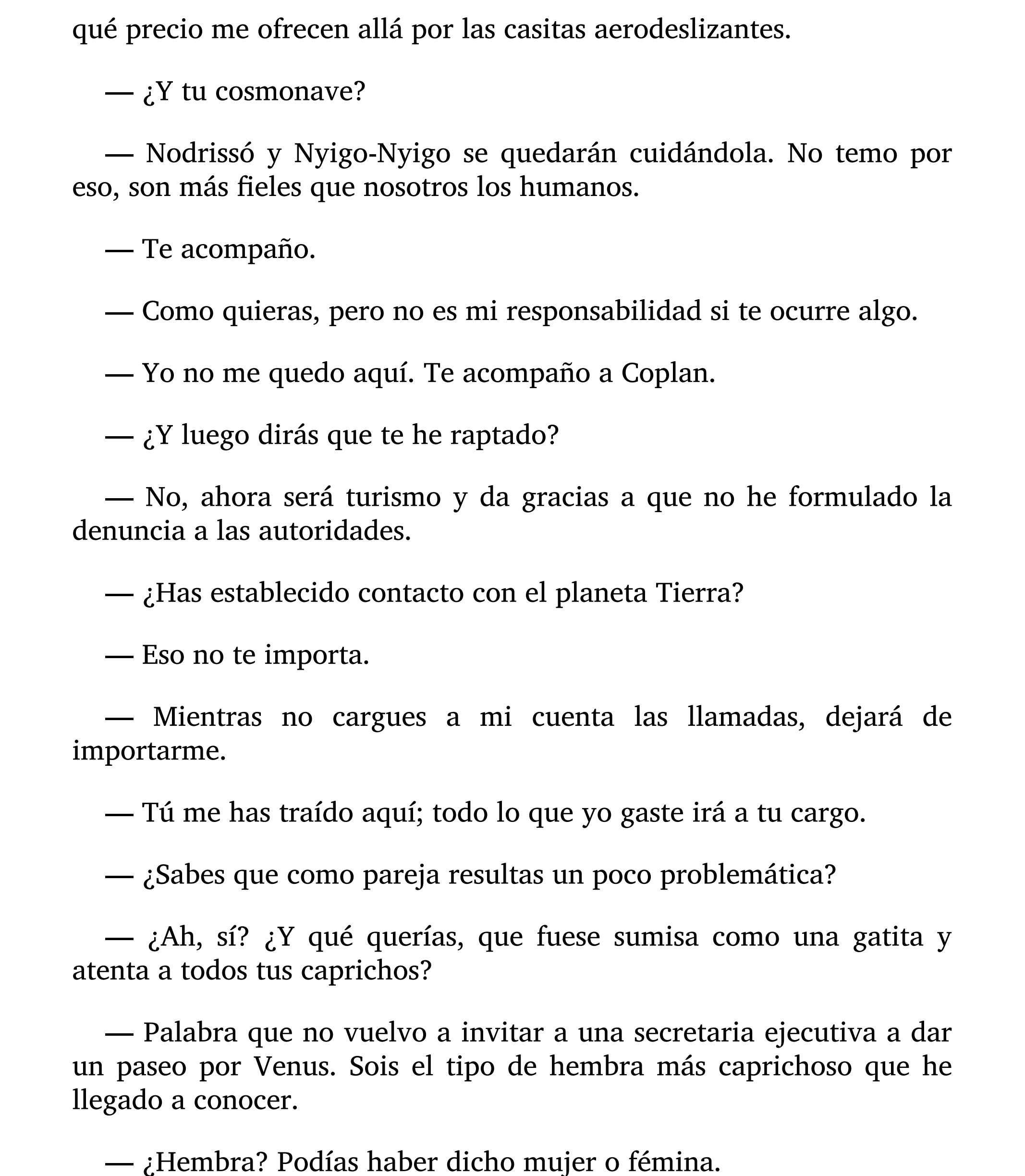
— Sí, lo es. Si ocurre una falla en el suelo, el habitáculo se eleva automáticamente.

Acordaron encontrarse al cabo de una hora frente a la Big-Cantina.

— Me voy a Coplan.

— ¿Coplan? —repitió Groika, recelosa.

— Sí, es una colonia minera que existe en este planeta. Voy a ver



qué precio me ofrecen allá por las casitas aerodeslizantes.

— ¿Y tu cosmonave?

— Nodrissó y Nyigo-Nyigo se quedarán cuidándola. No temo por eso, son más fieles que nosotros los humanos.

— Te acompaño.

— Como quieras, pero no es mi responsabilidad si te ocurre algo.

— Yo no me quedo aquí. Te acompaño a Coplan.

— ¿Y luego dirás que te he raptado?

— No, ahora será turismo y da gracias a que no he formulado la denuncia a las autoridades.

— ¿Has establecido contacto con el planeta Tierra?

— Eso no te importa.

— Mientras no cargues a mi cuenta las llamadas, dejará de importarme.

— Tú me has traído aquí; todo lo que yo gaste irá a tu cargo.

— ¿Sabes que como pareja resultas un poco problemática?

— ¿Ah, sí? ¿Y qué querías, que fuese sumisa como una gatita y atenta a todos tus caprichos?

— Palabra que no vuelvo a invitar a una secretaria ejecutiva a dar un paseo por Venus. Sois el tipo de hembra más caprichoso que he llegado a conocer.

— ¿Hembra? Podías haber dicho mujer o fémina.

— ¿Es que me vas a corregir también las palabras? Anda, sube a mi cart y deja de crearme problemas, o quédate aquí haciendo compañía a los androides.

— No tolero que me hables de esa forma.

— ¿Tu jefe Awog te trata con más finura?

— Naturalmente.

— ¿Y también te acostabas con él?

El bofetón restalló duro en la mejilla del hombre. Groika no esperó a ver la reacción de Carles y pasó por su lado dirigiéndose al pequeño hangar que poseía la cosmonave *Ranxet-14*.

Allí estaba el aerodeslizador que Carles Bruc llamaba simplemente cart.

Cuando Carles Bruc subió al vehículo, lo puso en marcha sin decir palabra.

El telecomunicador le advirtió que alguien se quería poner en contacto con él y abrió el audio.

— ¿Quién llama?

— Soy Munnigham, el comandante del centro de control del astropuerto.

— Ah, muy bien. ¿Qué sucede? ¿No está bien estacionada mi cosmonave?

— Oh, sí, por supuesto que sí, señor Bruc —respondió Munnigham muy amablemente—. Sólo quería recordarle que estamos dispuestos a comprar su mercancía.

— ¿Precio?

— Hombre, señor Bruc, así, como si fuera un cañonazo y a distancia... Ni siquiera le veo la cara; sólo ha abierto el audio y no el video.

— Eso no importa. Dígame el precio. Tengo que salir y necesito meditar.

— Puestos así, llegaríamos hasta los siete mil unisoles por unidad, siempre que estén con garantía, sin defectos y los automatismos de conservación sean de último modelo.

— ¿Siete mil? ¿Cree que para cobrar ese precio habría hecho un viaje tan largo desde la Tierra hasta el planeta Fomea, arriesgándome a perder el pellejo en un aterrizaje forzoso y después de tener un desagradable encuentro con los piratas espaciales.

— Bueno, bueno, no se moleste —le apaciguó Munnigham—. Veamos mejor la mercancía y luego podremos negociar. Quizá vistos

de cerca esos habitáculos móviles merezcan que se pague por ellos un valor más alto. No vaya a olvidar que yo se los compro, es decir, mi socio y yo, en bloque.

— De acuerdo, ya le llamaré yo si después de meditarlo me interesa su oferta.

No deseando escuchar más, Carles Bruc cortó la telecomunicación que sostuviera desde su propio cart.

— ¿Por qué no vendes y nos vamos? Después de todo, es un buen precio.

— Preciosa, este negocio es cosa mía.

CAPITULO VIII

El ser del planeta Ahor utilizaba su propio aerodeslizador, un modelo lujoso todo confort, pero Carles Bruc estaba seguro de que el aerodeslizador que él pilotaba poseía más prestaciones de servicios técnicos, mayor velocidad y también más autonomía y posibilidades de carga. Era un vehículo que respondía con eficacia, por difíciles que fueran las circunstancias.

— Adelante, amigo, te seguimos —le dijo Carles Bruc al ser de Ahor.

— Terrícola, ¿no vas solo?

— No, viene conmigo una hembra terrícola. ¿Sucede algo?

— No, claro que no —respondió aquel ser cuya piel era tan fina que transparentaba.

Carles Bruc pensó que era una especie de espectro; si se quitara la vestimenta, se le podría ver hasta los órganos a través de la piel.

El ente de Ahor inició la marcha y Carles Bruc le siguió a prudencial distancia.

No tardaron en dejar atrás la ciudad más importante o quizá la

única que podía calificarse como tal, ya que otras aparecían como hongos y luego desaparecían cuando los yacimientos de metales preciosos o gemas se agotaban o resultaban fallidos.

— ¿Crees que nos podemos fiar de ese ser que no es terrícola? —preguntó Groika.

— No estoy seguro; pero quiero sacar el máximo por las casas móviles o habrá servido de muy poco haber venido al planeta Fomea.

Deslizándose sobre el colchón magneto-antigravedad, a tres palmos del suelo y a una velocidad de tres mil kilómetros hora, cruzaron llanuras yermas y tórridas donde no habitaban ni los insectos.

Enfilaron por valles siempre siguiendo las rutas marcadas por los ordenadores, ya que no había pistas señalizadas. Sólo de cuando en cuando un poste con un repetidor electrónico y automático guiaba a los ordenadores de los vehículos para que siguieran el camino previamente señalizado y no se encontraran con rocas que les obstruyeran el paso.

— Qué selva tan grande —comentó Groika.

— Sí, recuerda nuestra Amazonia en el planeta Tierra.

— Sólo que aquí todo es más grande, los árboles más gruesos y las flores y las hormigas casi gigantescas —observó Groika, que miraba a la pantalla del salpicadero del vehículo donde las imágenes se ralentizaban, puesto que por las ventanillas apenas podían observarse los detalles a causa de la gran velocidad que llevaban.

Dentro de la selva sí había una pista abierta, una pista donde la maleza había sido cortada con rayos láser y luego incinerado el suelo para que no volvieran a crecer. Sobre aquella pista apenas alisada, con la selva a ambos lados, aunque los gigantescos árboles cruzaban sus ramas entre sí por encima de las cabezas de los viajeros, a más de cien metros de altura, circulaban sin problemas.

De pronto, la selva comenzó a temblar.

El ser de Ahor disminuyó la velocidad de su vehículo y automáticamente también la redujo el aerodeslizador de Carles Bruc que le seguía.

— ¿Qué sucede? —inquirió Carles Bruc.

— Es un seísmo; son muy habituales en este planeta.

— ¡Cuidado, el árbol! —exclamó Groika.

Carles Bruc movió manualmente su vehículo apartándolo del lugar en que estaba cuando un gigantesco árbol perdía su estabilidad y cala cuan largo era, derribando a otros árboles menores mientras cientos de gigantescos árboles semejaban danzar sobre una tierra inestable, una tierra de la que surgían chorros de fuego en medio del verdor lujuriante de la selva.

— ¡Hay que salir de aquí! —gritó Groika.

Carles Bruc hizo pasar su aerodeslizador entre las ramas del gigantesco árbol caído y cruzó al otro lado siguiendo al ser de Ahor.

Se produjo un fragor ensordecedor que oyeron perfectamente pese a hallarse aislados dentro de sus vehículos.

— ¿Qué es eso? ¿Más movimientos telúricos? —preguntó Carles Bruc por el telecomunicador.

— Acelera; eso es una manada de canisaurios enloquecidos por el seísmo.

Aceleraron cuando la manada casi se echaba sobre ellos. Los canisaurios eran seres gigantescos, rinocéfalos de enormes bocas provistas de dientes entre los que sobresalían los colmillos, cada uno de los cuales debía tener cerca de dos metros de longitud.

El peso de aquellos animales oscilarla entre las diez y las quince toneladas.

Groika no pudo contener un grito de terror cuando las mandíbulas de uno de los canisaurios se cerraban tratando de destrozar el aerodeslizador entre sus gigantescos colmillos.

Mas la velocidad del vehículo hizo que pasara rozando los colmillos sin que éstos llegaran a atraparlo. El chasquido de las mandíbulas fue impresionante.

— No nos han atrapado —observó Carles Bruc, casi burlón.

— Qué horror, son monstruos.

— Viajar por el planeta Fomea resulta emocionante y hacía tiempo qué no me divertía.

— ¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo?

— Pues desde la última vez que encendí la chimenea que hay en mi cosmonave junto a una mujer bellísima.

Dejaron al fin la selva y entraron en la zona de los pantanos donde habitaban grandes hidrosaurios que permanecían medio sumergidos en el barro, pero con sus ojos atentos a cualquier posible presa.

Rebasaron aquella zona, encontraron arena y después el mar de los monstruos.

— Tened cuidado con los cangrejos gigantes —advirtió el ente de Ahor que les precedía.

Los cangrejos aparecieron en la playa.

Había muchos; armados con sus gigantescas pinzas semejaban extraños guerreros dispuestos para la batalla.

La velocidad estaba de parte de los entes inteligentes, quienes se limitaron a pasar con sus vehículos a gran velocidad por debajo de los cuerpos de los gigantescos cangrejos, por entre sus patas, como si cruzaran por túneles.

Cuando aquellos enormes crustáceos acercaban sus pinzas para atrapar los vehículos, ya era demasiado tarde, ellos habían pasado y proseguían viaje por encima de las aguas del mar de los monstruos.

— Qué laguna más fantástica existe en este planeta —comentó Groika que observaba a uno de los cangrejos, ralentizado en Ia pequeña pantalla con videomemoria que había en el salpicadero del cart.

— Eso se debe a la órbita tan especial que este planeta tiene con sus dos soles y supongo también que a la gran radiactividad que existe en determinados focos por los yacimientos de owonion.

El mar estaba muy calmado. Casi parecía una balsa de aceite y su color era de un azul verdoso debido a la gran cantidad de algas que allí se generaban y que posiblemente servían de alimento a gran cantidad de seres acuáticos.

Groika gritó, Lo que sucedió fue más que horripilante, aterrador.

Del agua, produciendo un fuerte oleaje, emergió una bestia marina

gigantesca, mitad pulpo, mitad araña.

Tenía muchas patas, no llegaron a contarlas, y un enorme ojo con cinco pupilas que rodaban dentro del círculo del ojo.

Dos de aquellas patas atraparon sorpresivamente al aero-deslizador del ser de Ahor y lo sumergieron en las aguas.

— Vaya monstruo —gruñó Carles Bruc mientras disparaba el pequeño cañón láser con que iba provisto el aerodeslizador.

Con él consiguió cortar dos de las patas que también pretendían atraparles a ellos.

Carles Bruc disparó al ojo de la bestia y del interior de las aguas brotó un rugido bronco y ensordecedor al tiempo que saltaba al aire una columna de sangre azul.

Después, la bestia se sumergió en las profundidades marinas, herida de muerte.

— Carles, ¿y el ser de Ahor?

— No lo sé, pero hay que darlo por perdido. Con razón le llaman el mar de los monstruos.

— Vámonos.

— Sí, será lo mejor. Tenemos que proseguir viaje solos.

— Toma toda la altura que puedas y la máxima velocidad; quiero salir de aquí cuanto antes.

— De acuerdo, Groika, salgamos de este infierno marino.

Coplan estaba al otro lado del mar de los monstruos.

Tuvieron que cruzar una vasta extensión de bosques húmedos y luego apareció Coplan; ya hablan llegado a la anarquía. El lugar estaba atravesado por un gran río que desembocaba en el mar de los monstruos y por el que, en ocasiones, ascendían aquellas gigantescas bestias en busca de presa que devorar.

Allí, cada cual había construido su habitáculo como había podido. Había varias cosmonaves, procedentes de desecho, que servían para guarecerse.

Había cuatro edificios colocados a ambas márgenes del río y que parecían prefabricados, edificios que posiblemente habían sido construidos en la ciudad y trasladados hasta aquel lugar por el aire.

Había otros habitáculos más bajos, casi aplastados contra el suelo.

— ¿Adónde vamos ahora? —preguntó Groika.

— Buscaremos un centro de diversión, una cantina o algo similar. Supongo que la gente se divertirá aquí.

— Mira, aquella edificación está llena de luces.

— Pues eso debe ser.

Estacionaron el vehículo muy cerca de la entrada. Groika observó en voz baja:

— ¿Te has fijado qué caras? Esos tipos no son de fiar.

Carles Bruc miró a aquellos individuos. La mayoría de ellos eran terrícolas y, efectivamente, no eran de fiar. Todos ellos llevaban pistola al cinto.

— ¿Qué crees que hacen?

— Supongo que buscan a quien robar. No todos los exploradores de los planetas tienen suerte y tampoco todos son honrados ni tienen ganas de trabajar.

— Salgamos.

Carles Bruc puso en su cinto una pistola de gran potencia, una pistola polivalente muy superior a la que llevaban aquellos tipos que no parecían tener deseos de buscar su suerte en los yacimientos.

Una mirada de desafío en los ojos de Carles Bruc puso a raya a aquellos indeseables de Coplan.

— Entremos en esa cantina —le dijo.

Groika lanzó una mirada de reparo a aquellos sujetos. Después, entró en la cantina donde había tipos de todas clases.

Lo que más abundaba eran las máquinas de juego, las mesas donde se movían los dados y los perennes naipes. Habla música ambiental y se notaba que abundaban los seres con dinero.

Una cabina con material difícilmente destructible guardaba a un personaje que se dedicaba a cambiar por unisoles las gemas o metales preciosos y raros que le llevaran.

Frente a aquella ventanilla habla cola. El tasador no parecía tener ninguna prisa en cada operación que realizaba.

Se acercaron al mostrador atendido por un híbrido humano. Tenía un ojo ostensiblemente mayor que el otro, su boca estaba torcida y todo él se hallaba descompensado. Incluso, un brazo era más largo que otro. Debía ser el resultado de dos civilizaciones que no eran perfectamente cruzables entre sí.

— Sírvenos dos cervezas lupuleas —se volvió hacia Groika para preguntarle—: Te apetece, ¿verdad?

— Sí, claro; tengo sed. Todavía no se me ha pasado el terror.

El extraño camarero carente de sexo y de posibilidades de reproducción les sirvió la bebida.

— Oiga, ¿está por aquí Sirrom?

— ¿Para qué le busca?

La voz salió tan fina de aquella boca torcida que casi provocaba la hilaridad.

— Le traigo recuerdos de su hermano.

— ¿Su hermano?

—Sí.

— De acuerdo, veré si está por ahí.

El camarero debió hablar por algún intercomunicador, pues al poco se acercaron a la pareja dos seres de Ahor.

Llevaban casacas reflectantes, Carles Bruc sabía que un puño nada podía contra aquellas casacas que eran durísimas y protegían los cuerpos de quienes las vestían, incluso de disparos láser. Estaban como revestidos de polvo de brillantes y el láser, al llegar a ellas estallaba luminosamente sin producir daño.

— ¿Buscáis a Sirrom?

—Sí.

— Danos la pistola.

— Una patada entre las piernas os voy a dar —fue la réplica de Carles Bruc.

Groika esperó la reacción de aquellos tipos con aspecto de aguerridos matones.

Los dos sujetos se miraron entre sí y luego volvieron a mirar al terrícola que era Carles Bruc.

— Tenemos órdenes.

— Que a mí me importan un cuerno. Decidle a vuestro jefe que su hermano ha muerto y que él me había pedido que viniera hasta aquí para entrevistarme con Sirrom.

Aquellos dos seres de Ahor se alejaron mientras la pareja terrícola consumía sus cervezas.

— ¿Siempre tratas así a la gente?

— Siempre que se ponen pesados, sí.

No tardaron en regresar y uno de ellos dijo:

— Seguidnos.

Groika lanzó una mirada de admiración a Carles Bruc, se habla salido con la suya.

Fueron conducidos a una salita pequeña presidida por una mesa de color morado. Sirrom estaba allí, haciendo un solitario con naipes.

— Sentaos, terrícolas.

Miraron a Sirrom. Recordaba mucho a su hermano, sólo que parecía más recio, más seguro de sí. Los honguillos marrones sobre su cabeza eran más abundantes.

— Tu hermano nos ha traído hasta aquí.

— ¿No habéis dicho que ha muerto?

— Sí, ha sido en el mar de los monstruos.

Groika explicó:

— Del agua ha salido un monstruo enorme, mitad pulpo mitad araña. Carles ha conseguido acertarle en el ojo, pero se ha llevado al fondo el aerodeslizador en el que viajaba su hermano.

— Le dije siempre que se comprara otro vehículo más rápido y que al atravesar el mar de los monstruos llevara las armas listas. Esos repugnantes monstruos tienen mucha rapidez con sus tentáculos; hay que dispararles a tiempo o se te llevan al fondo. No creáis que han sido pocos los que han intentado cruzar el mar de los monstruos y no lo han conseguido. Lo más seguro es hacerlo a una altitud superior a los doscientos metros. Los deslizadores que van lamiendo el agua son demasiado peligrosos. En fin, tú debes ser Carles Bruc, ¿no?

— ¿Tu hermano te había hablado de mí?

— Sí, se habla telecomunicado conmigo.

— Entonces, no perderemos el tiempo.

— ¿Tienes casas móviles para vender?

— Sí, son aerodeslizantes, con automatismos para cambiar de posición ante la primera vibración del suelo por seísmo. Son totalmente autónomas y magníficas para buscadores de minerales.

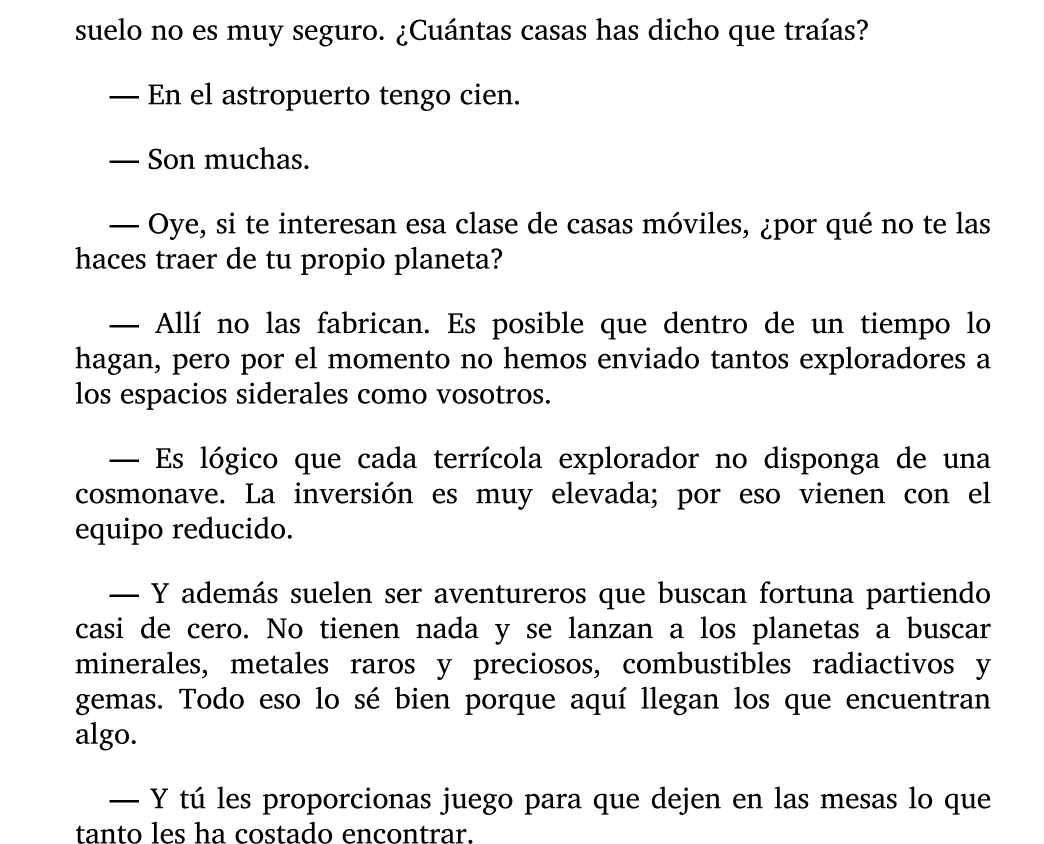
— Es un cargamento particularmente interesante en este planeta tan inestable.

— Sí, ya lo he podido comprobar en Ia selva. Los gigantescos árboles botaban sobre sus raíces.

— Hay muchos seísmos. Se abren volcanes donde menos se espera. Hay desbordamientos de ríos y por si faltara poco, están los gigantescos animales que pueblan este planeta tanto en el agua como en la tierra.

— ¿Tienen posibilidades de compra los exploradores? Me refiero a dinero en metálico.

— Algunos sí, otros no. Como siempre, los hay afortunados en sus hallazgos y los hay que no tienen suerte. Están los que se podrán pagar una casa en condiciones y situarla al borde de donde estén trabajando. y otros que tendrán que dormir en las copas de los árboles como han venido haciendo hasta ahora. La verdad es que dormir en el



suelo no es muy seguro. ¿Cuántas casas has dicho que traías?

— En el astropuerto tengo cien.

— Son muchas.

— Oye, si te interesan esa clase de casas móviles, ¿por qué no te las haces traer de tu propio planeta?

— Allí no las fabrican. Es posible que dentro de un tiempo lo hagan, pero por el momento no hemos enviado tantos exploradores a los espacios siderales como vosotros.

— Es lógico que cada terrícola explorador no disponga de una cosmonave. La inversión es muy elevada; por eso vienen con el equipo reducido.

— Y además suelen ser aventureros que buscan fortuna partiendo casi de cero. No tienen nada y se lanzan a los planetas a buscar minerales, metales raros y preciosos, combustibles radiactivos y gemas. Todo eso lo sé bien porque aquí llegan los que encuentran algo.

— Y tú les proporcionas juego para que dejen en las mesas lo que tanto les ha costado encontrar.

— Nadie les obliga a jugar.

— Sí, pero debes saber muy bien que la codicia y el vicio del terrícola no tienen límites.

— Sí, eso como una fiebre que se apodera de vosotros, pero puedo prometer que juego limpio. No hay trampas y el que juega lo hace por su libre impulso.

— Pero la casa siempre gana.

— Si no fuera así, ¿crees que habría gastado mi dinero en montar este negocio? Por cierto, también les doy otra clase de diversiones. Si tu hembra terrícola quiere participar en mi negocio puede hacerlo; le pagaré bien.

— Si vuelves a insinuar algo semejante te...

— Silencio, Carles —le atajó Groika — , Yo soy libre y puedo hacer lo que me plazca sin que nadie me tutele.

Carles Bruc la miró con ojos centelleantes, sin poder creer lo que acababa de oír.

— Señorita, puedo pagarle diez unisoles por cada día de trabajo en mi local.

— ¿Haciendo qué? —gruñó Carles, agresivo—. ¿De zorra?

Groika se puso tensa y Sirrom sonrió abiertamente, aunque resultaba difícil captar una sonrisa en aquel rostro que transparentaba venas y músculos.

— No; por cantar y bailar. Supongo que usted sabe hacer eso, ¿verdad, señorita?

— ¿Bailar y cantar? No soy una primera actriz, pero...

— Si Bruc no es su dueño...

— Yo no tengo dueño; pero diez unisoles diarios me parecen pocos.

— Si no es una profesional, no puedo pagar más.

— Quince —exigió ella.

— Oye, si la contratas a ella olvídate de la compra de las casas que yo vendo.

— ¿A qué precio? —preguntó Sirrom astutamente.

— Quince mil unisoles.

— Es demasiado. Ni los más afortunados pagarían veinte mil y yo tengo que ganar algo al venderlas una por una.

— Yo tampoco he venido aquí para nada.

— Diez mil sería un precio razonable para ti, terrícola, aunque para mí sería un riesgo. Muchos exploradores mueren en la selva, en los pedregales, en los lechos de los ríos. No sé si podría venderlas todas.

— Diez mil por unidad, todas en paquete y te las vas a buscar tú al astropuerto. El cobro en metálico.

— Eso es demasiado dinero. Un millón de unisoles; una fortuna inmensa.

— Yo estoy seguro de que tú la tienes.

— Te equivocas, y reunir tanto dinero me va a ser un poco difícil.

— En la ciudad me esperan otros compradores.

— Es posible que también tengan dificultades en reunir el dinero.

Mientras Groika mostraba un gesto adusto y molesto, Sirrom prosiguió:

— Podemos hacer una cosa, si nos conviene el negocio a ambos.

— Tú dirás.

— Voy a hacer traer tus casas aquí y cuando haya vendido las diez primeras, te pago el millón de unisoles.

— Quiero una garantía.

— ¿Cuál? —preguntó Sirrom.

— Medio millón por anticipado y el otro medio millón a la venta de las diez.

— Eso es demasiado. En ese caso, si pides la garantía del medio millón por anticipado, tendrás que esperar a que venda cincuenta, entonces te daré el otro medio millón.

— ¿Cuánto tiempo calculas que tardarás en venderlas?

— Máximo cien jornadas.

— Es mucho.

— Ochenta jornadas. Es más, te garantizo el pago del medio millón dentro de ochenta jornadas.

— Tendrás que entendértelas en la ciudad con la sucursal del Banco Awog. Ellos aceptarán tu crédito y si no pagas, ya sabes lo que te espera.

— Sí. No me gustaría ponerme a mal con la banca Awog. Esos tipos son peligrosos. ¿De acuerdo, socio?

Carles Bruc miró a Groika y ambos recordaron a los androides que hablaban en aquellos términos.

— De acuerdo, medio millón por anticipado y el otro medio dentro de ochenta jornadas. Pero tú te encargas del transporte adonde haga falta. Yo sólo te abriré la tapa del conteiner.

— De acuerdo. Iremos a la ciudad y allí te pagaré en la propia banca Awog. ¿O te vas a llevar el dinero al contado?

— Lo meteré en mi cuenta de crédito; es más seguro. Si' roban al Banco yo no pierdo el dinero. De mi cuenta no podrá sacarlo nadie más que yo.

— ¿Y qué vas a hacer con tanto dinero?

— Pagar mis deudas. Precisamente debo dinero a la banca Awog.

— Lo comprendo —admitió Sirrom — , Cuando se tiene una cosmonave de propiedad, cuesta mucho dinero.

— Pagarla y mantenerla... ¿Cuándo iremos a la ciudad?

Groika inquirió:

— ¿Hay que cruzar de nuevo el mar de los monstruos?

— No, no será necesario hacer el viaje en aerodeslizador. Yo poseo una nave de gran seguridad y no corremos ningún peligro. En unos minutos estaremos allá y luego, cuando hayamos hecho el trato, podemos volver.

— ¿Y mi aerodeslizador? —preguntó Carles Bruc.

— Lo dejas estacionado aquí y cuando regresemos lo recoges — propuso Sirrom.

— De acuerdo. Estaremos afuera en la cantina grande. Cuando estés listo para partir nos llamas. Por cierto, ¿sirven comidas en tu cantina?

— Desde luego. Uno de mis hombres os acompañará a mi restaurante. Paga la casa.

— No es necesario que nos invites.

— Será un placer hacerlo. También deseo que la señorita esté lo más a gusto que pueda en mi casa.

El restaurante tenía dos salas, una muy grande dedicada a self-

service con abundante clientela y una pequeña e íntima donde cada ágape costaba demasiado dinero para que se pudieran acomodar en ella unos exploradores sin suerte; no obstante, había ya una veintena de mesas ocupadas.

— Supongo que estos son los que han encontrado metales preciosos, gemas o material radiactivo —rezongó Carles Bruc ante la lista de precios.

— Es normal que en esta especie de campamentos haya sujetos como Sirrom que se aprovechen de los que tienen suerte. Por cierto, si no fuera tan distinto a nosotros, creo que me caería bien.

— Es un gangster de la galaxia.

— Pero tú no tienes derecho a responder por mí. Soy libre y tomo mis propias determinaciones. Sé perfectamente lo que me conviene y lo que deja de convenirme.

— Ya está bien, Groika, no discutamos más. Yo soy responsable de que estés en este lugar tan inhóspito y peligroso. Cuando te regrese al planeta Tierra de donde te saqué, haz lo que te dé la gana.

— ¿Quieres decir que aquí vas a imponerme tu autoridad, machista del demonio?

— Es por tu bien, guapa, no estás acostumbrada a estos tipos. Ahora, comamos el magnífico menú que este local tiene para los personajes importantes como nosotros.

Groika le lanzó una mirada llameante. No era de las mujeres que se sometían. Su mente había comenzado ya a maquinar...

CAPITULO IX

Chaison, el director de la sucursal bancaria Awog, prestó ayuda inmediata a Groika al tener conocimiento del cargo que la joven ocupaba a las órdenes del mismísimo Awog.

— ¿No tienen miedo de que aquí le roben? —preguntó la muchacha.

El director de la sucursal sonrió.

— En absoluto, el dinero está bien guardado bajo nuestros pies. El dinero y también lo que nos dan a guardar los exploradores. Esta construcción es muy sólida.

— ¿Y si un seísmo la derriba? —preguntó.

— No hay problema en absoluto.

— Magnífico.

— Enviaré una comunicación al señor Awog —dijo el director Chaison.

— Sí, será lo mejor.

— Mientras tanto, puede quedarse a trabajar aquí.

— Lo pensaré. Ahora, creo que tiene que atender a Carles Bruc y a un tipo llamado Sirrom.

— Sirrom es muy importante en el planeta Fomea. Los terrícolas dominamos este planeta que está en explotación. Un planeta que no había llegado a desarrollar vida inteligente. Pero esos seres de Ahor llegaron y se instalaron y entre ellos, Sirrom, que sabe muy bien lo que quiere.

— ¿Es un buen cliente?

— Sirrom prefiere guardar su propio dinero. No me extrañaría que de vez en cuando, en alguna cosmonave que se dirija al planeta Ahor, se lleve lo que ha ganado sin que nadie lo advierta. Es un tipo muy rico y posiblemente en su planeta lo es más, aunque las malas lenguas dicen que lo abandonó porque allí tuvo problemas con los gobernantes.

Carles Bruc y Sirrom llevaron a cabo su contrato en e! banco de Awog y cuando el joven vio ingresar en su cuenta el medio millón de anticipo por la venta, suspiró. Por el momento, con aquella cifra y teniendo en cuenta el gran valor de cada unisón, cubría ya sus deudas.

Sirrom, sarcástico, rezongó:

— Has obtenido un buen precio.

— Si lo pagas, es que tú también vas a ganar lo tuyo.

— Indudablemente, de lo contrario no pagaría.

— No desperdicias ninguna ocasión de enriquecerte aún más, ¿eh?

— No pienso pasarme toda la vida en este maldito planeta. Tengo la impresión de que cualquier día no va a aguantar tanto seísmo, tanto terremoto, y va a estallar. Ese día, prefiero estar ya lejos de aquí.

— Con tu fortuna, para disfrutarla en otra parte.

— Es posible. Buscaré un planeta con un clima excepcional donde no haya monstruos peligrosos, donde haya paz, y lo pasaré bien.

— Lo dudo.

— ¿Por qué? —preguntó Sirrom, interesado.

— Porque eres un animal de presa y no vivirás a gusto si no tienes a alguien a quien devorar.

— Tendré un harén y a unos cuantos terrícolas que me sirvan.

— ¿De veras deseas tener esclavos terrícolas? —preguntó Carles Bruc, sarcástico, mirando al rostro de aquel ser de Ahor cuya visión producía náuseas.

— Sí, ¿por qué no? Con dinero se tienen esclavos. En vuestra historia terrícola tenéis muchas pruebas de esclavitud.

Carles Bruc acompañó a Sirrom y a los ayudantes de éste, que más cabía calificar de secuaces, hasta el gigantesco conteiner que encerraba las cien casas módulos independientes.

Estuvieron visitando una de ellas, comprobando todos sus servicios. Sirrom se mostró satisfecho.

— Es lo que suponía.

— Aquí te los dejo; ya te encargarás tú del transporte.

— Sí, me llevaré unos de muestra y los otros ya serán trasladados al lugar donde los requieran los compradores.

— ¿Y cobrarás el porte?

— ¿Tengo cara de estúpido?

— No, sólo tienes cara de ente de Ahor.

— Los terrícolas siempre os creéis muy listos. Hasta habíais llegado a suponer que erais los más astutos de la galaxia.

— Veo que los seres de Ahor, o por lo menos un ejemplar de ellos, supera a la mayoría de los terrícolas.

— Por el momento, creo que soy el ente más rico del planeta Fomea.

— Pues cuídate; los cazadores suelen tener preferencias por la presa más gorda.

Se había creado una rivalidad entre el ente de Ahor y el terrícola; era algo consustancial en ellos. Estaban haciendo un negocio el uno con el otro, pero jamás llegarían a ser amigos.

Una aeronave de perfectos despegues verticales, muy silenciosa, cargó con una plataforma en la que situaron tres de los módulos casa.

Cada uno de ellos tenía una base de cincuenta metros cuadrados. Poseerlo era un lujo para cualquier buscador de riquezas en los planetas sin explorar.

Comprarla tampoco representaba perderla si se trasladaba a otro planeta, pues cualquier cosmonave podría llevarla al mismo tiempo que al propio explorador; el único problema era que, lógicamente, el precio encarecería.

Carles Bruc se sentía satisfecho, todo iba bien. Había conseguido llegar al planeta Fomea y vender a muy buen precio aquellos módulos de casa aerodeslizantes.

Había enviado un mensaje a Awog comunicándole que se retrasaría en su regreso. Con el ingreso efectuado en la sucursal bancaria, cubría la deuda del crédito, aunque del total del negocio de compraventa, doscientos mil unisoles pertenecían a Awog tal como acordaran en principio, descontando, como era lógico, dos mil unisoles del precio inicial de adquisición.

— ¡Groika!

La joven no estaba en su camarote de la cosmonave y Carles Bruc

frunció el ceño.

Abrió el videotelecomunicador y se puso en contacto con el director Chaison, quien le respondió:

— No, la señorita Groika no está aquí. Le ofrecí que se quedara, pero me dijo que lo pensaría.

— Vaya... Oiga, ¿cómo puedo telecomunicarme desde aquí con Sirrom?

— Tiene un canal de telecomunicación privado. Diríjase al centro de control del astropuerto. Quizás ellos puedan ponerle en contacto con la zona de Coplan, pero no será fácil. Existe un área de tormenta magnética permanente que interfiere en las telecomunicaciones.

— ¿Y por vía satélite?

— No hay un satélite para Coplan. Precisamente hay uno pedido pero no ha llegado; falta de fondos. Ese satélite debe ser sufragado por las gentes que hay aquí y no puede imaginarse lo difícil que resulta conseguir que alguien pague cualquier tipo de tributos o servicios. Esto es una anarquía total. Los buscadores de riquezas alegan que ellos no están nunca en un lugar fijo y por tanto no reciben servicios, por lo que no tienen que pagarlos.

— Tengo mi aerodeslizador en Coplan. Iba a regresar con Sirrom y parece ser que se ha marchado.

— Envíele una telecomunicación desde el centro del astropuerto; posiblemente ellos le transmitan la petición.

— De acuerdo, haré la llamada —asintió, fastidiado y molesto.

Groika no aparecía y tenía la impresión de que Sirrom se la había llevado consigo.

Las telecomunicaciones resultaron efectivamente malas por la tormenta permanente de magnetismo.

Al fin, recibió una contestación escrita a través de la pequeña y no muy clara pantalla de un videoteléfono público. El mensaje era lacónico.

ESTOY EN COPLAN. PREPARO TRANSPORTES Y VENTAS.

No obtuvo ninguna respuesta acerca de Groika, lo que le puso de más malhumor aún. Tampoco tenía su aerodeslizador que habla quedado en Coplan.

Debía esperar al regreso de Sirrom para ser trasladado de nuevo y ello le hacía sentirse como falto de piernas, atado de pies y manos.

— Granuja —masculló por lo bajo.

Fue a visitar al señor Chaison.

— Lo único que puedo hacer por usted es recomendarle al Play-Cart.

— ¿Alquilan vehículos allí?

— Sí, pero no son de primera y si ha de atravesar el mar de los monstruos con uno de esos vehículos, es mejor que se lo piense dos veces.

Carles Bruc pensó en su propio aerodeslizador que estaba dotado de subcañones suficientes como para matar a un monstruo y preguntó:

— ¿Están dotados de armamento?

— ¿Armamento?

— SI, para atacar a los monstruos.

— Oh, no, claro que no.

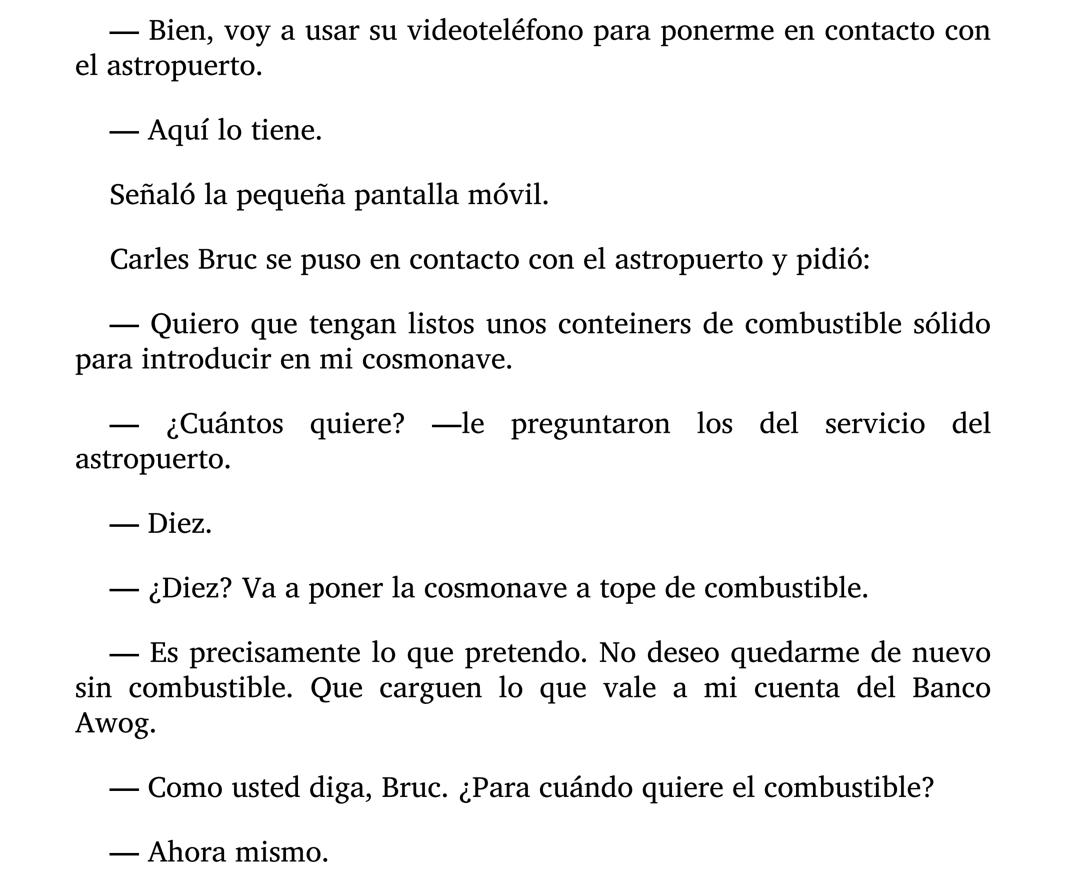
Carles Bruc torció el gesto. Las cosas no se le ponían fáciles y tomó una decisión.

— Nos veremos de nuevo.

— ¿Va a tomar en alquiler uno de esos vehículos del Play-Cart? El propietario es cliente del Banco y...

— No, no; usted prepáreme un crédito para cargar mi cosmonave de combustible. ,

— SI, claro, como guste. Usted es ahora uno de los clientes importantes de este Banco.



— Bien, voy a usar su videoteléfono para ponerme en contacto con el astropuerto.

— Aquí lo tiene.

Señaló la pequeña pantalla móvil.

Carles Bruc se puso en contacto con el astropuerto y pidió:

— Quiero que tengan listos unos conteiners de combustible sólido para introducir en mi cosmonave.

— ¿Cuántos quiere? —le preguntaron los del servicio del astropuerto.

— Diez.

— ¿Diez? Va a poner la cosmonave a tope de combustible.

— Es precisamente lo que pretendo. No deseo quedarme de nuevo sin combustible. Que carguen lo que vale a mi cuenta del Banco Awog.

— Como usted diga, Bruc. ¿Para cuándo quiere el combustible?

— Ahora mismo.

— ¿Va a despegar en seguida?

— Tengo que hacer prácticas para comprobar cómo está la cosmonave. Tuve una toma de contacto demasiado brusca y ahora deseo revisarla. '

El propio Chaison, en su vehículo particular, le trasladó al astropuerto.

— ¿Groika es su pareja? —le preguntó.

Bruc estuvo a punto de responderle: «¿Y a usted qué le importa?» Mas se contuvo y prefirió decir:

— Ha venido conmigo desde el planeta Tierra.

— Eso ya lo sé. Verá. Groika podría quedarse a trabajar conmigo en el Banco. Quizás al señor Awog hasta le complaciera esta iniciativa mía.

Carles Bruc le miró directamente a la cara cuando ya se habían detenido frente a la cosmonave donde dos transportadoras manejaban los conteiners cilíndricos que contenían el poderosísimo combustible sólido. Aquellos conteiners exhibían la advertencia de «ALTA PELIGROSIDAD».

— ¿Qué es lo que desea, Chaison? ¿Que Groika se quede en su oficina bancaria para luego llevársela a la cama?

Chaison enrojeció súbitamente y tartamudeó al responder, lo que dio a Carles Bruc la evidencia de que había dado de lleno en la diana.

— No, no, yo sólo la quiero para, para...

— Para lo mismo que yo, no te jode.

Se apeó del vehículo sin darle las gracias por haberle llevado al astropuerto, frente a su propia cosmonave Ranxet-14.

Carles Bruc abrió el pequeño telecomunicador que llevaba consigo en la muñeca y llamó por él.

— |Nodrissó, Nyigo-Nyigo!

— Aquí Nodrissó, socio, te oigo bien.

— Perfecto.

Nyigo-Nyigo respondió después.

— Estoy en la bodega de combustibles.

— Que todo quede bien colocado y anclado, que nada pueda moverse. Nodrissó, en cuanto esté conectado el primer conteiner de combustible al sistema central del circuito de energía, pídele al ordenador verificación de fiabilidad por dependencias.

— De acuerdo, socio —contestó el androide.

La colocación de los conteiners de energía resultó más trabajosa de lo que Bruc esperaba.

Aquel astropuerto tenía poco que ver en cuanto a instalaciones y servicios con los que se hallaban en la Tierra o en los planetas cercanos. En Fomea no se podía confiar más que en uno mismo.

Se hizo de noche.

Carles Bruc vio la luna completamente redonda, una luna iluminada por dos estrellas sol.

— Ya está todo listo —le comunicaron desde el centro de control del astropuerto.

— Bien, voy a despegar.

— Podía haberme vendido a mí y no a un extranjero alienígena —le reprochó Munnigham, el comandante del astropuerto, cuyo rostro sombrío apareció en pantalla.

— A mí lo que me importaba era vender y Sirrom ha pagado más que usted. Esos módulos habitables irán a parar a los exploradores, a los buscadores de metales que puedan pagarlos y serán exactamente los mismos compradores que hubieran acudido a usted. Los seres de Ahor, por lo que sé, no andan metidos por valles, desiertos y selvas buscando fortuna.

— A esos seres deberíamos expulsarlos del planeta. Sólo son parásitos que se benefician de nosotros.

— Diga más bien de nuestros defectos —le corrigió Carles Bruc.

Cortó la comunicación con el centro de control para interpelar a sus dos androides.

— Nodrissó, ¿control de despegue listo?

— Sí, socio.

— ¿Fiabilidad de la una a la cuarenta y tres?

— Fiabilidad uno cien mil.

— Correcto. Nyigo-Nyigo, ¿cómo están las telecomunicaciones?

— Bandas abiertas.

— ¿Suprarradar?

— Pantalla de captación abierta y corrección automática en marcha.

— Entonces, nos largaremos cuando la cuenta atrás esté lista.

No tardó en hundir el pulsador de la puesta en marcha y la

cosmonave Ranxet-14 comenzó a elevarse en vertical.

Carles Bruc sabía muy bien lo que deseaba. No iniciaba el regreso al planeta Tierra, sino que se dirigía a la zona de Coplan.

Los anclajes hablan ya soltado el macroconteiner conteniendo los hábitats aerodeslizantes de los que se habla hecho cargo Sirrom.

Se elevó hasta trescientos kilómetros de altura y manipuló en sus mandos invirtiendo la cosmonave para regresar al planeta Tierra.

En la pantalla estaba el objetivo. Coplan no era más que una mancha en un mapa.

Carles Bruc dio la vuelta a su cosmonave y comenzó a descender. Posiblemente, muchos se asustarían, pues no era lógico que una cosmonave tomara contacto con el planeta Fomea precisamente en Coplan, donde no había ningún tipo de servicios. Luego estaba el río y una gran abundancia de boscaje.

Buscó un claro apropiado y descendió en vertical absoluto. Lo hizo en medio de la aldea de aventureros. La toma de contacto se realizó con una suavidad absoluta. No se produjeron ni vibraciones en el suelo.

— ¡Magnífico

— ¿Qué hacemos ahora, socio? —quiso saber el androide Nodrissó.

— Os quedaréis en la cosmonave vigilando. Que no entre nadie y que esté dispuesta para despegar. Revisadlo todo. Ha de quedar suave como los cabellos de Groika.

Los dos androides se miraron. Lo que el humano acababa de ordenarles no era computable, pero a Carles Bruc le importaba poco.

Ya no venía de unos minutos, por lo que se desnudó y se metió en el cilindro de ducha integral. Permaneció en él quince minutos. El agua caliente que brotaba de todas partes dilató sus poros, liberándole de toxinas.

Después, el agua fría cerró de nuevo sus poros y quedó listo para ponerse la ropa limpia y esterilizada que le proporcionaba su armario ropero.

Se calzó unas botas que aseguraban bien sus pies. Se ciñó el ancho

cinturón y colgó de él la pistola polivalente. En Coplan, cada cual debía resolver sus propios problemas utilizando las armas.

Era la eterna ley de los territorios salvajes con pioneros, la mayoría de ellos sin fortuna.

Al salir de la cosmonave se encontró a un montón de curiosos.

Uno de ellos, que parecía el jefe de una banda de aventureros, rezongó:

— ¿Es que querías aterrizar sobre nosotros?

— Los escarabajos se apartan cuando se les acerca un poco de fuego.

— ¿Me has llamado escarabajo?

— Oye, no busques problemas o mis tripulantes os achicharrarán.

— ¿Quién eres, para hacer lo que haces?

— Comandante Bruc. —Palmeó su pistola polivalente—. Y si tengo problemas, los resuelvo rápido.

— Creo que te conozco —le dijo aquel terrícola que vivía del juego, de atemorizar a los que llegaban a Coplan y quizás de robarles cuando los pioneros se hallaban en lugares solitarios.

— ¿Ah, sí? ¿Y de qué nos conocemos?

—Me parece que estuvimos juntos en la milicia espacial de la Confederación.

— ¿Cómo te llamas?

— Kranter.

— ¿Sargento Kranter? —repitió Carles Bruc.

Kranter sonrió, como haciéndose el importante entre sus secuaces.

— ¿Ves como tú también me recuerdas?

— Sí, recuerdo que fuiste expulsado,

— Sí, no me caían bien los jefes.

— A mí tampoco, pero...

— ¿No me invitas a una copa, Bruc?

— ¿Cuántos sois? —preguntó Bruc.

— Siete.

— Yo tengo que hacer. Pero si os pasáis por el mostrador del club de Sirrom tendréis pagadas un par de copas cada uno. Me encargo de ello.

— Sabía que no te olvidarías de los amigos. ¿Conoces a Sirrom?

— Sí, hemos hecho negocios.

— Eres un tipo que vuela alto, ¿eh? Aquí, Sirrom es de temer.

— Bueno, Kranter, tengo que hacer.

Carles Bruc se despidió. Había optado por invitarles para ahorrarse problemas; no valía la pena molestarse con ellos.

Cuando entró en el club de Sirrom, observó una gran afluencia de público y pensó que se debía a que podían haber llegado los aventureros a divertirse.

— ¡Eh, mozo!

— ¿Sí?

— Vendrá un tal Kranter y otros seis. Yo les pago un par de copas a cada uno o lo que quieran tomar.

Puso unos unisoles sobre el mostrador, lo que hizo asentir servilmente al mozo.

— Me cuidaré de ello.

— ¿Dónde está Sirrom?

— En el palco de cristal.

El palco de cristal era invulnerable a los disparos y permitía estar en él con toda tranquilidad a quien temiera ser abatido por disparos traidores surgidos de la sala.

Por si fuera poco, el cristal protector impedía ver desde la sala a quien se ocultaba tras él.

De pronto, sonó una música que a la par que estridente era sensual y excitante y comenzaron los gritos y los aplausos, además de los silbidos.

Carles Bruc, como todos los que estaban en la sala, miró hacia la pista circular que se elevaba del suelo y sobre la que convergían focos luminosos de color rojo.

— Groika...

La bella mutante, que tenía dos grados Celsius más de calor en su cuerpo que el resto de los terrícolas, estaba muy atractiva. Apenas llevaba algo para cubrirse, un minúsculo tanga de pedrería que debía haberle prestado el mismísimo Sirrom.

Groika no era una profesional, pero llevaba la danza dentro de su cuerpo; lo ondulaba como sólo una hembra integral podía hacerlo. A cada movimiento, arrancaba en el público gritos y silbidos de admiración excitada.

— ¿Usted no toma nada, señor Bruc? —preguntó el mozo, acercándose a su oreja.

—Si...

— ¿Qué bebida prefiere, señor Bruc?

— Lo que sea más fuerte y doble... —pidió, sin dejar que de sus retinas se borrara la imagen de la bellísima Groika danzando en la pista circular que se desplazaba de un lado a otro de la sala para que todos los clientes pudieran ver de cerca el espectáculo.

CAPITULO X

Groika dejó sobre la superficie del tocador del camerino el conjunto de pedrería que utilizara para salir a la pista. Su cuerpo permanecía ahora oculto bajo una bata.

— Felicidades, Groika.

— Hola, Sirrom.

— Ha sido todo un éxito; quedas contratada.

— No, gracias; sólo ha sido una experiencia.

— ¿Cómo? ¿Después de obtener el éxito no deseas seguir?

— No, ya he hecho lo que quería.

— ¿Y qué es lo que deseabas? ¿Convencerte a ti misma de que eres la terrícola más hermosa?

— No es para tanto.

— Yo no he estado jamás en tu planeta, en la Tierra, pero puedo asegurarte que aquí en el planeta Fomea no hay otra terrícola como tú.

— Gracias por el halago; pero hay otras profesionales que pueden hacer este trabajo mejor que yo.

— Has visto a tu amigo el terrícola Bruc, ¿verdad?

— ¿Decías, Sirrom?

— Vamos, Groika, no soy tonto; aunque los terrícolas os hayáis creído que sois los únicos listos en toda la galaxia.

— Sí, he visto a Carles Bruc. ¿Y qué?

— Que has actuado en mi club para provocarlo a él, para demostrarle que eres una mujer libre e independiente.

— Es posible.

— Carles Bruc es un terrícola excesivamente posesivo y para una mujer como tú no es la pareja ideal.

— Sirrom, deja que sea yo quien decida si alguien es mi ideal o no; no trates de manipularme.

— Si te quedas aquí, te pagaré lo que quieras.

— ¿Por qué?

— Porque eres la terrícola más bella que ha pasado por mi club.

— Eso no basta.

— Sí basta. Con tus actuaciones me aseguro muchos clientes.

— Tengo la impresión de que tú buscas algo más.

Aquel ser de Ahor, cuya cabeza estaba llena de hongos marrones, lo que le daba un aspecto extraño a los ojos de un terrícola, respondió;

— No temas, ya sabes que el acople amoroso entre un terrícola y un ser de Ahor no es posible debido a que tenemos formas sexuales muy distintas, pero...

— Pero ¿qué?

— Yo te daré lo que quieras a cambio de permanecer a mi lado, de poder admirar la belleza de tu cuerpo perfecto. Deseo el placer de acariciarlo cuando yo quiera.

— Lo siento, Sirrom; yo no soy una furcia que se vende.

— Sólo te pido que estés conmigo y poder tener la impresión de que eres mía o, mejor dicho, de que me complaces.

— Y que los demás crean que soy toda tuya porque eres el más poderoso, el ser de Ahor, el gran Sirrom que puede permitirse el lujo de poseer a una terrícola aunque no vaya a acostarse con ella.

— No te pido mucho y tendrás de todo. Serás la más rica de todos los terrícolas en el planeta Fomea.

— A cambio de no tener el amor de un terrícola. Lo siento, no me interesa. Creo que mi sentido de hembra es lo que me ha empujado a danzar como lo he hecho en la pista. Pero no volveré a hacerlo. No es lo mío.

— Tú has bailado porque sabías que él estaba allí y lo has hecho para provocarle delante de todos.

— Puede. Las mujeres terrícolas somos un poco complicadas. A veces decimos «no» cuando por nuestros hechos estamos afirmando, y decimos «sí» cuando deseamos que sea «no». Admito que es absurda, pero los varones terrícolas ya se han acostumbrado a esta forma de ser.

— Es mejor que aceptes la situación, Groika. Hazlo por las buenas o me veré obligado a…

— ¿Me estás amenazando?

La puerta del camerino se abrió bruscamente y en el umbral apareció Carles Bruc.

— Sirrom no te amenaza; no creo que se atreva a hacerlo.

— Hola, Bruc. ¿Has visto qué clase de hembra es Groika?

— Carles, no le creas; querrá enlodarme.

— He visto que es magnífica, lo que ya sabía, y que es muy independiente. Por ello puede elegir entre quedarse aquí a hacer de bailarina o venirse conmigo a mi cosmonave que está afuera.

Ella, asombrada, inquirió:

— ¿Has venido en la *Ranxet-14*?

— Sí. Me había dejado el aerodeslizador aquí en Coplan y Sirrom, por lo visto, tenía tanta prisa que no se acordó de traerme, quizás porque te llevaba a ti en su transportador aéreo. Ahora, decide tú lo que quieres hacer.

— Carles, yo sólo deseaba bailar un poco. Para una mujer que es secretaria, bailar así en público es un auténtico desafío; no sé cómo explicártelo.

Sirrom, aceptando la situación, razonó:

— Tienes dotes innatas para danzar, para enloquecer a los terrícolas y también a los que no lo somos. Podrías llegar a ser la reina de Fomea.

— Aquí no hay reinas ni reyes —gruñó Carles Bruc.

— No tardará en llegar el día en que yo sea el más poderoso de este planeta y cuando ese día llegue, tendré mi policía, mis fuerzas milicianas propias. Seré el amo de Fomea y me proclamaré rey.

— Estupideces, Sirrom, estupideces. Tú no serás jamás rey ni nada que se le parezca y menos donde haya terrícolas —se volvió hacia Groika y apremió—: Decídete.

— Un momento, que me vista.

— Sirrom, aunque seas el propietario del camerino, creo que aquí estás sobrando.

Sirrom se levantó despacio. Se sentía molesto aunque era un ser que se controlaba.

— Bruc, tú y yo no haremos muchos negocios.

— Tenemos uno en marcha. Espero que sea el último y no se te ocurra hacerme una jugarreta porque las fuerzas milicianas de la Confederación Terrícola te pueden dar un disgusto. No olvides que el contrato de compraventa se ha hecho en el banco Awog.

— No hace falta que me recuerdes nada, Bruc, no es necesario porque yo no olvido.

Sirrom les dejó y Carles Bruc aguardó a que Groika se vistiera tras un biombo de plástico. Cuando la joven reapareció, Carles cuchicheó al oído:

— Sirrom debe estar furioso y puede tener alguna escucha electrónica por aquí.

Groika puso calor en sus ojos y acercándose a los labios del hombre, musitó:

— Disculpa que me haya comportado como...

— Por favor, no sigas.

— Ni tú trates de someterme a tu mando jamás. Si no lo intentas, creo que te amaré como una mujer como yo puede amar a un hombre...

— ¿Y cómo es eso?

— No seas caradura y vámonos de aquí.

Carles Bruc sonrió aviesamente. Señaló la puerta y dijo:

— Si salimos por ahí, seguro que nos estarán esperando los matones de Sirrom.

— ¿Crees que se atreverá a tanto?

— No lo dudes. A mí puede meterme dentro de mi propio aerodeslizador y hacerme caer encima un árbol gigantesco que me aplastaría. En cuanto a ti, bastaría con una sesión electrobiónica en tu cerebro, colocándote el casco de los electrodos, para quitarte la rebeldía que posees. De esta forma se asegurarla tu permanencia a su lado para siempre. Si te manipula el cerebro bioelectrónicamente, estás perdida.

— Eso sí me produce pavor. Me convertiría en una especie de zombie.

— Más o menos.

— Entonces, ¿cómo escapamos de esta ratonera?

— Antes de llegar aquí he estado observando y creo que esa pared nos puede llevar a alguna parte.

— Es una pared metálica para evitar el derrumbe en los seísmos.

Carles Bruc sacó su pistola polivalente. Graduó el rayo térmico y disparó contra la pared haciendo un círculo. Se produjo un humo que irritaba los ojos, pero estuvieron poco tiempo allí.

Carlea dio un patadón al círculo y éste se fue al otro lado.

— Ya podemos pasar —le dijo a Groika.

Pasaron a un almacén. De pronto, se encendieron las luces y tres seres de Ahor exclamaron:

— ¡Ahí están!

Se cruzaron varios disparos.

Carles Bruc disparó su pistola con el rayo térmico y abatió a dos de los seres de Ahor; el tercero emprendió la huida.

— Irá a buscar refuerzos —gruñó Carles.

Se encaró con otra pared, perforándola también, y por aquel agujero saltaron al exterior; pero no se había equivocado en su suposición y llegaron más refuerzos...

— ¡Son muchos! —exclamó Groika, asustada, viéndoles armados.

Uno de ellos les conminó:

— ¡Entregaos!

— El hijo de perra de Sirrom no está ahí —masculló Carles Bruc, disparando su arma cuando apareció Kranter con sus secuaces, todos ellos armados.

— ¡Estamos contigo, Bruc!

Se entabló una pequeña guerra. Carles Bruc y Groika aprovecharon para alejarse en busca de la Ranxet-14. Subieron por la rampa, se internaron en la cosmonave y cerraron la puerta.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó la muchacha.

— Ponernos en órbita —respondió Carles, pulsando el botón rojo de ignición que puso la cosmonave en marcha, sorprendiendo a los mismísimos androides.

La *Ranxet-14* se elevó por encima de Coplan en busca del espacio sin atmósfera.

— |Nodrissó, Nyigo-Nyigo, nos vamos a colocar en órbita de mil kilómetros! Quiero ver todo lo que ocurre abajo.

Los androides asintieron mientras Carles Bruc conducía á Groika a la salita donde tenía la primitiva chimenea a la que prendió fuego con su propia pistola.

— Creo que aquí podemos descansar tranquilos.

— Despacito, despacito.

— ¿Es que no hacemos las paces? —preguntó Carles Bruc, con un brillo de desconcierto en sus ojos, al borde de la decepción.

— Nones.

— ¿Cuándo, entonces?

— Por favor, Carles, no pretenderás que me deje caer en los brazos del caballero que me ha liberado de las garras del dragón como si fuera una doncella de Ia Edad Media, ¿verdad?

— Bueno, no es para que me lo digas así; yo creí que...

— Los hombres siempre creéis, creéis que...

Le rodeó el cuello con su brazo y lo besó en la boca como sólo ella podía hacerlo, con dos grados Celsius más que ninguna otra mujer en sus labios, en su aliento, en la húmeda suavidad de su lengua.

CAPITULO XI

— Atención, habitáculo veintiuno —ordenó Ia mismísima voz de Awog que se hallaba sentado en una gran butaca articulada.

Frente a él tenía una batería de veinte pantallas de TV y en el centro, unas cuatro veces más grande que las otras. Al alcance de su mano tenía un teclado con el que pasaba imágenes de una pantalla a otra y seleccionaba para que apareciera en la pantalla central la imagen que más le interesaba.

El banquero tenía cuatro consejeros, dos a su derecha y dos a la izquierda.

Uno de estos últimos era el mismísimo Chaison, director de la sucursal de Fomea.

Se dedicaban a espiar el interior de los habitáculos aerodeslizantes. El explorador que allí estaba permanecía ignorante que era observado atentamente por telecámaras espía disimuladas tras espejos embellecedores que dejaban ver a través de ellos.

Se podía ver al explorador que había cerrado todas las ventanas herméticamente. Sobre su mesa tenía grandiosas gemas que, aún sin tallar, reverberaban la luz con una belleza casi inigualable.

Awog observó:

— Parece que tiene unas tres docenas de supercorindones.

— Sí —asintió Chaison—, y el que está mirando es el mayor de ellos. Es un rubí gigante, de superdureza y totalmente puro.

— ¿Cuál crees que es su precio, Chaison?

— El que ahora toca con sus dedos —dijo, sin apartar la vista de la pantalla donde el buscador de fortuna aparecía observado sin que él

ni siquiera llegara a intuirlo—. Puede tasarse, así sin pulir y sin tallar, en unos veinte mil unisoles.

— ¿Crees que con todos los supercorindones que tiene sobre la mesa llega a los cien mil unisoles?

— Yo apostaría por doscientos mil —opinó Chaison.

— Magnífico —aplaudió Awog—, Veamos otro...

— Habitáculo cuarenta y dos —anunció una voz que brotaba desde un centro distribuidor de imagen.

El explorador, ahora con imagen grabada, aparecía frente a unos lingotes de brillantísimos metales.

. Awog inquirió:

— Este ¿qué tiene?

— Metales raros, de gran valor. Sirven para piezas especiales y aleaciones. Mejora el acero, la plata, el oro.

Otro de los consejeros comentó:

— Basta un diez por ciento de xelsium, ese metal raro que sólo en el planeta Fomea se encuentra en estado puro, para obtener un acero capaz de resistir medio millón de grados.

— ¿Su precio?

— Diez unisoles gramo.

— Parece que es caro, ¿no?

— Si tenemos en cuenta que el oro está a un cuarto de unisol el gramo, sí es caro, puesto que vale cuarenta veces más que el oro.

— Magnífico, veamos otro de los observados. Habitáculo treinta y seis.

Apareció otro explorador dentro de su casa aerodeslizante.

Chaison señaló:

— Este también tiene supercorindones.

— Bien. ¿Dónde más se pueden encontrar supercorindones?

— De este tamaño, aún no se ha descubierto otro lugar en la galaxia que los posea, señor Awog.

— ¿Crees que se pueden tallar perfectamente? —preguntó Awog al experto en joyería que le asesoraba.

— Sí, lo mejor es tallarlo con un láser movido por ordenador.

— Creo que estas piedras pueden dar solidez al tesoro de mi Banco; pero veamos qué más hay...

Los ojos de todos quedaron atónitos al ver sobre la mesa del habitáculo ochenta y dos aquel diamante excepcional, tan grande que tenía más de un metro de radio.

El explorador, un terrícola barbudo, lo acariciaba con las yemas de los dedos. Era su tesoro, su fortuna, su seguridad económica para el porvenir.

— No había visto nunca un diamante tan grande.

El gemólogo asesor opinó:

— Este planeta, debido a que su órbita gira en torno a dos estrellas que terminarán por encontrarse y estallar, formando una supernova, posee unas peculiaridades muy difíciles de hallar en otro planeta de la galaxia. Los continuos movimientos telúricos producen altísimas temperaturas y grandes presiones que facilitan la creación de estas gemas naturales y la aparición de estos metales raros. En este planeta todo se hace grande y hermoso, pero tiene poca duración. Es un planeta que no llegó a tener vida inteligente y no la tendrá porque está condenado a desaparecer.

— Nosotros facilitaremos el encuentro de las dos estrellas sol; aceleraremos el nacimiento de la supernova haciendo estallar la gran bomba protopositiva entre las dos estrellas Borio, justo a mitad de la distancia entre ambas para que produzca el puente destructor, como si colocáramos una tercera estrella en medio.

Chaison palideció intensamente.

— ¿De verdad provocará la supernova?

— Sí, claro que sí, ése es mi plan original.

— Si hace eso, señor Awog, la supernova aumentará tanto de tamaño que engullirá el planeta Fomea, fundiéndolo con temperaturas de millones de grados.

— Exactamente, Chaison. La unión de las dos estrellas Borio engullirá todos los planetas de este sistema y en el firmamento aparecerá una gran luminosidad que será el nacimiento de una nueva y gran estrella. Lo que ocurrirá después, ya no podremos saberlo.

— Pero ¿por qué destruir el planeta Fomea, señor Awog?

Awog introdujo entre sus dientes una de aquellas extrañas pastillas conque solía drogarse. La mascó dejando escapar el gas que se producía y prosiguió hablando pausadamente.

— Los cien exploradores, los cien aventureros, los cien buscadores de fortuna más ricos son los que se han comprado las casas aerodeslizantes para protegerse de los seísmos, de los monstruos y de los robos. Ellos piensan que sus habitáculos son invulnerables porque ignoran que han sido construidos por una filial de mi Banco y preparados especialmente para poder observar a sus moradores y moverlos por control remoto desde mi cosmonave. Ellos han escondido en esos habitáculos las riquezas que han encontrado en este planeta. Son los cien exploradores más afortunados, poseen unas riquezas que ni siquiera han querido confiar a mi Banco. Los muy estúpidos ignoran que, al final, yo me lo quedaré todo. Nadie excepto yo podrá poseer esas gigantescas piedras preciosas, esos supercorindones, esos diamantes gigantes ni esos kilos de metales raros en estado purísimo. Nadie más va a tener esas fortunas porque el planeta desaparecerá con el nacimiento de la supernova que yo provocaré con la bomba protopositiva que llevamos ya en esta cosmonave.

— ¿Y los seres del planeta Fomea? —quiso saber Chaison.

— Bah, no son más que un atajo de vagabundos buscafortunas.

— ¿Charles Bruc y Groika conocían esos planes?

— En absoluto. Bruc se cree muy listo, pero lo he utilizado. El tenía una deuda que no podía pagar y yo le he facilitado este negocio. Lo he preocupado con su deuda y muchos intereses para que no tuviera tiempo de pensar y por si fuera poco, le he pedido a mi secretaria que fuera amable con él. He tenido que protegerle durante el viaje destruyendo a una cosmonave pirata de Nikian que les estaba atacando. Bruc no sabía que yo le seguía a distancia, vigilándole y

protegiéndole; no en vano mi cosmonave posee una potencia de velocidad y armamento mil veces superior a la Ranxet-14. Chaison, tus informes me han valido de mucho para llevar adelante este ambicioso plan con el que conseguiré apoderarme de todas las riquezas encontradas. Luego crearé la supernova, nadie más va a encontrar nada y tampoco nadie podrá acusarme de nada.

— ¿Cree que los afortunados aventureros no se resistirán cuando vean que se les roba? —preguntó Chaison.

Awog escogió el habitáculo ochenta y dos, en el que habían descubierto el gran diamante.

Tecleó en el cuadro de mandos que tenía delante y dentro de aquella casa módulo escondida en una zona rocosa y casi inaccesible sobre la superficie del planeta Fomea, sonó el llamador musical.

El hombre barbudo que había encontrado el fabuloso diamante, se levantó de su litera, tomó su arma y se acercó a la puerta, receloso, cuando Awog, desde su cosmonave, oprimió un botón rojo que tenía el símbolo del rayo encima.

Dentro del habitáculo brotaron varios rayos que incidieron en el cuerpo del aventurero, sorprendiéndolo trágicamente.

El terrícola que era asesinado por control remoto, sin saber que estaba siendo observando desde el espacio y a una gran distancia, rugió de dolor antes de caer muerto al suelo, medio carbonizado.

— Este ya no nos dará trabajo —dijo Awog, sonriendo.

— Diabólico —opinó Chaison tragando saliva.

Awog explicó.

— De haberlos tenido que buscar uno por uno, habría sido una labor larga y posiblemente fallida porque ellos habrían escondido sus fortunas en lugares inaccesibles, mientras que así todos están localizados y controlados. Matarlos dentro de sus propios bunkers en los que se creen totalmente seguros, según reza la propaganda de venta de esos habitáculos, es lo más fácil y menos arriesgado. Los habitáculos se moverán solos sobre el planeta Fomea para acudir al punto X donde nosotros descenderemos. Abriremos esas casitas aerodeslizantes, porque podemos abrirlas, y dentro encontraremos los cadáveres de todos los aventureros y, lo que es más interesante, sus fortunas. Cargaremos y nos alejaremos. Nadie en el planeta se va a

enterar de lo ocurrido y la supernova les sorprenderá a todos porque el nacimiento de la supernova, en forma natural, no se espera hasta dentro de mil años, de modo que quedarán sorprendidos y nadie podrá escapar al gran holocausto. Pero insisto en que no se va a perder nada. Son basura especial; seres como ellos pululan por todos los planetas en busca de fortuna. ¿Y quién me podrá acusar de que todos hayan muerto en el nacimiento de una supernova?

Se echó a reír y sus carcajadas sonaron estentóreas. Chaison se estremeció. El plan de su patrón Awog era diabólico. Jamás había llegado a imaginar que para que no quedara rastro de su fantástica y criminal fechoría haría desaparecer al planeta Fomea sin dar tiempo a nadie para escapar.

CAPITULO XII

— Sirrom, Sirrom, ¿me oyes?

Sirrom apareció en pantalla y sonrió con aquel rostro tan extraño que poseía.

— Hola, Bruc; hacía tiempo que no sabía nada de ti.

— Han pasado las ochenta jornadas.

— Ya, y te debo medio millón de unisoles, ¿no es eso?

— Eso es y lo quiero en...

— No tengo tanto dinero en metálico; ya te lo dije.

— Has vendido todos los módulos aerodeslizantes.

— Me bastaron diez jomadas para venderlos. Es el negocio más rápido que he hecho nunca.

— ¿Por qué no me avisabas, en vez de hacerme esperar setenta jornadas más para pagarme?

— No tenía donde avisarte. Te marchaste muy aprisa del planeta y no sabía dónde estabas.

— Dando una vuelta por el espacio, haciendo tiempo.

— ¿En compañía de Groika?

— Sí, yo estoy con él —dijo la propia Groika.

— Felicidades, terrícolas.

— Déjate de ironías, Sirrom. Quiero verte hoy mismo en el banco Awog y allí me pagas.

— ¿Con un crédito?

— No; quiero tocar el dinero con mis dedos.

— ¿Qué prefieres? ¿Gemas o metales raros? Puedes cobrar en especie y cuando regreses a tu planeta, incluso puedes negociar las gemas que yo te dé y los metales raros. Hasta es posible que saques mayor rendimiento de este negocio.

— Está bien, pero en ese caso, ven a mi cosmonave. Trae sólo dos acompañantes. Que no vengan más matones porque los recibiré a tiros.

— ¿Dónde estarás?

— En el astropuerto. Le pediré a Chaison del banco Awog que venga como testigo.

— ¿Y cómo tasador?

— Sí, también como tasador; ¿por qué no?

— Dentro de dos horas estaré en el astropuerto, en tu cosmonave, y cerraremos el trato. Tengo mis cosas, es cierto, pero cumplo mis compromisos.

— Mejor así. Un error de tu parte te costaría muy caro.

— No olvido que los terrícolas no toleráis bien a los seres de otros planetas y aquí en Fomea, los terrícolas sois abrumadora mayoría.

— Si cometieras una torpeza no llegarías lejos con las riquezas que has acumulado a costa de los aventureros terrícolas.

— Los que venimos del planeta Ahor quizá no seamos tan perfectos como vosotros, pero tampoco somos tan depredadores como los

terrícolas.

— Es posible que tengas razón, pero todos los terrícolas no somos iguales —tras aquellas palabras, Carles Bruc cortó la telecomunicación y luego inquirió — : Nodrissó, ¿listos para el descenso?

-Sí, socio.

— Nyigo-Nyigo, ¿cómo está el radar?

— Perfectamente, socio.

- —Pues preparados para el descenso. Avisaremos al centro de control del astropuerto.

En el astropuerto les dieron facilidades para tomar suelo en un lugar más privilegiado, puesto que no iban cargados. La operación se realizó con mucha suavidad. A la Ranxet-14 ya no le faltaba combustible.

Carles Bruc preguntó:

— ¿Crees que vendrá Chaison?

— ¿Por qué no?

— Por ti.

— ¿Por mí?

— Sí, ese tipo te quería para que le hicieras compañía. Estás muy solicitada.

— Yo estoy contigo, amor.

— ¿Sin deseos de volver junto a Awog?

— Si me ofreces aventuras por la galaxia, creo que será más divertido renunciar a mi antiguo empleo.

— Ahora, con el pago que me hará Sirrom, ya no voy a tener problemas económicos, de modo que podré seleccionar los nuevos contratos y lo pasaremos bien.

— Creo que sí lo vamos a pasar muy bien, amor. En cuanto a Chaison, si deseas que venga para que esté presente cuando llegue

Sirrom, puedo llamarle yo.

— Mejor. Chaison me sirve como testigo para cuando Awog exija que le pague las deudas.

— Pues deja que lo llame yo por el televideófono.

— De acuerdo, Groika; pero no te insinúes, por favor.

— No tengas miedo, amor. He probado con mucho placer tu chimenea y no me interesan otras.

Nyigo-Nyigo le preparó el televideófono y Groika llamó a Chaison, cuya imagen no tardó en aparecer en pantalla.

— Hola, Groika.

— Chaison, tiene que venir a la cosmonave Ranxet-14; se halla estacionada en el astropuerto.

— ¿Qué ocurre?

— Sirrom ha de acudir a la cita del pago y como Bruc tiene negocios con Awog y le ha de pagar a él a su vez, es mejor que esté presente.

— ¿Para cuándo?

— Dentro de una hora.

— ¿Estará usted, Groika?

— Sí.

— Entonces, no faltaré a la cita.

— Le esperamos —Groika cortó la telecomunicación y se volvió hacia Bruc —. Listo.

— A ti no hay quien se te resista. Tu encanto es excepcional.

Chaison fue puntual tal como prometiera y Sirrom también. Este iba acompañado de dos ayudantes que llevaban unas sacas consigo. Todos se miraron y Sirrom ordenó:

— Vaciadlas sobre la mesa.

Todos miraron la mesa donde aparecieron supercorindones grandes como puños, diamantes y lingotes de metales raros.

— ¿Crees que será suficiente? —preguntó Sirrom.

Bruc miró a Chaison, interrogante. Este cogió uno de los supercorindones, lo sopesó y lo observó a contraluz.

— En Fomea he visto rubíes mucho más grandes qué estos.

— Sí; pero ésos valen mucho más dinero y yo he de pagar sólo medio millón de unisoles.

— Si sólo es medio millón, con todo lo que hay aquí creo que es suficiente.

Carles Bruc trató de evaluar por encima aquellas piedras preciosas gigantes y los lingotes de metales rutilantes, muy cotizados en la industria de la cosmonáutica.

— ¿Qué opinas, Groika?

— Pienso que se podría tasar pieza por pieza hasta saber si el pago es justo o no.

— Un momento —pidió Chaison, y todos le miraron interrogantes — . Sirrom, usted tiene un tesoro a base de piedras y metales como éstos, ¿verdad?

— Si me va a preguntar dónde lo escondo, no lo haga porque no se lo voy a decir, como es lógico.

— Sirrom, ¿sería capaz de darme la mitad de lo que tiene si yo pudiera salvarle todo, absolutamente todo lo que tiene, incluyendo su propia vida?

— ¿A qué viene esa pregunta? ¿Trata de decirme que estoy amenazado de muerte?

— Así es.

— ¿Es esto una trampa en la que he caído?

— Tranquilos, aquí no hay ninguna encerrona —puntualizó Carles Bruc. Encarándose con Chaison le exigió—: Explíquese.

— Todos podemos escapar en esta cosmonave. Traiga usted sus

tesoros aquí. Sólo le pido le mitad y entre los dos le pagaremos a Bruc para que nos lleve lejos de este lugar.

Sirrom se puso a reír, lo que en él significaba una mueca desagradable en su rostro.

— Yo no estoy loco. Tengo mis propias defensas. Mi tesoro está suficientemente guardado para que nadie consiga robármelo y puedo comprar una cosmonave cuando me parezca bien para regresar a mi planeta Ahor. ¿Qué es lo que he de temer?

— Dentro de poco, este planeta desaparecerá dentro de una supernova. Créanme, es cierto, sólo sobrevivirán los que puedan escapar a tiempo.

— ¿Quién se lo ha dicho, un adivino? —se rió Sirrom. Volviéndose hacia Groika le dijo—: Cuando quieras un empleo en mi local ven a verme —se volvió de nuevo hacia Chaison para decirle—: Me han propuesto negocios estúpidos, pero ninguno tanto como el que acabo de oír. Yo no doy a nadie nada de mi fortuna —señaló con el índice lo que había sobre la mesa y añadió—: Esto es sólo el pago de un negocio, de un trato que he hecho con Bruc.

Sirrom abandonó la cosmonave. Iba a hacerlo Chaison también cuando Bruc le retuvo por el brazo.

— No tan aprisa; va a explicarme lo que sucede.

— Yo no sé nada.

— ¿Ah, no? Pues yo creía que sí sabía mucho. Por lo menos lo parecía cuando le ha pedido a Sirrom la mitad de su tesoro.

— Olvídenlo. Ha sido una estupidez de mi parte; pero si quieren un consejo, aléjense cuanto antes de Fomea. Pongan la cosmonave proa al planeta Tierra y aceleren al máximo, sin mirar atrás.

— O usted está loco o es cierto que todo va a estallar.

Groika avanzó un par de pasos hacia el empleado de la banca Awog. Le puso la mano suavemente sobre el rostro y le pidió:

— Chaison, por favor, cuente lo que sabe.

— Hay que escapar de aquí. Nadie va a impedir que se provoque la supernova.

— ¿Provoque...? ¿Quién va a provocarla? —gruñó Bruc.

— Awog.

— ¿Cómo?

— Yo no sabía que pensaba exterminar a todos.

— Vamos, Chaison, cuente lo que sepa.

Chaison, cansado, se dejó caer en una butaca y contó todo lo que sabía.

— ¡Es increíble! —exclamó Groika.

Bruc rezongó:

— Aunque lo contemos, nadie se lo va a creer. El plan de Awog es demasiado diabólico. Juro que a mí me ha engañado.

— Robar a unos aventureros no me pareció tan mal: pero exterminarlos a todos... —suspiró Chaison.

— Menos mal que a usted le ha quedado un poco de conciencia.

— Groika, creo que han sido sus ojos los que han hecho vibrar mi maltrecha conciencia. Lo malo es que ahora ya han asesinado a los habitantes de las casas aerodeslizantes y todas ellas, movidas por control remoto, han acudido al lugar de la cita.

— ¿Y cuál es el lugar de la cita?

— No lo sé. No me lo han dicho. Hasta he llegado a pensar que pueden abandonarme a mi suerte.

— Entonces, no hay tiempo que perder. Buscaremos a Awog y las casas que yo vendí.

— Eso es una locura. La cosmonave de Awog es mil veces más poderosa que ésta.

— El factor sorpresa está de nuestra parte. Rápido, hay que ponerse en marcha.

Despegaron sin siquiera avisar al centro de control del astropuerto y comenzaron a volar dentro de la atmósfera del planeta y a baja altura, buscando la concentración de los módulos que aparecieron en

una isla desierta.

— ¡Allí está la cosmonave de Awog! —gritó Groika.

— Voy a dispararle sin previo aviso para averiarla. De esta forma no podrán despegar de nuevo llevándose el botín de lo robado.

— Si ellos disparan, estamos perdidos —advirtió Chaison.

Desde la cosmonave de Awog, que se hallaba rodeada de las casas movidas por control remoto, comenzaron a disparar. Pero ya Carles Bruc había apuntado con su cañón supra-láser y disparó sin vacilar.

La cosmonave de Awog resultó alcanzada y se produjo un resplandor que aumentó en cuestión de segundos.

— Socio, tenemos a Awog en pantalla —advirtió Nyigo-Nyigo.

— Awog, es usted un criminal de la peor calaña. Tendrá que pagar por lo que ha hecho —le recriminó Bruc.

— [Estás loco! ¡Desciende y sácame de aquí, rápido!

No hubo tiempo para nada. La cosmonave de Awog trató

de despegar sin conseguirlo mientras resplandecía más y más hasta que, de pronto, una ola cegadora lanzó a la cosmonave Ranxet-14 fuera de la atmósfera del planeta Fomea.

La superbomba protopositiva acababa de estallar y el planeta Fomea conoció el mayor de los cataclismos.

El agua de los mares se evaporó en cuestión de segundos y los monstruos que habitaban en sus profundidades se achicharraron hasta convertirse en cenizas.

Todo el planeta quedó envuelto por vapor de agua recalentado que no dejó pasar la luz de las estrellas mientras todo rastro de vida se extinguía para siempre. No se había producido una supernova, pero el planeta Fomea acababa de morir. Sirrom ya no podría disfrutar de sus riquezas.

— Carles, Carles —llamó Groika, magullada dentro de la cosmonave.

Cogidos por sorpresa, habían sido sacudidos de un lado a otro.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí, creo que sí —musitó — . ¿Dónde estamos?

— Hemos sido lanzados al espacio por la onda expansiva, por eso nos hemos salvado —volvió la cabeza hacia Chaison y comprobó que éste yacía con el cráneo roto. En la violentísima sacudida, se había golpeado contra un canto metálico—, Estamos solos de nuevo.

— ¿Qué haremos ahora?

— Regresar al planeta Tierra y contar lo sucedido.

Ella le miró a los ojos, ahondó en ellos y preguntó:

— ¿Crees que merece la pena?

— Tienes razón, Groika. Ya nada se puede demostrar. ¿Qué más da? Seguiremos nuestro camino y olvidaremos lo sucedido.

— ¿Qué harás con Chaison?

— Dejaremos su cuerpo flotando en el espacio.

— Estoy averiado, estoy averiado... —comenzó a repetir el androide Nyigo-Nyigo.

Carles Bruc y Groika controlaron de nuevo la cosmonave Ranxet-14, poniendo rumbo al planeta Tierra. Todo el tiempo y el espacio eran para ellos. Ya no tenían prisa por llegar.

FIN